

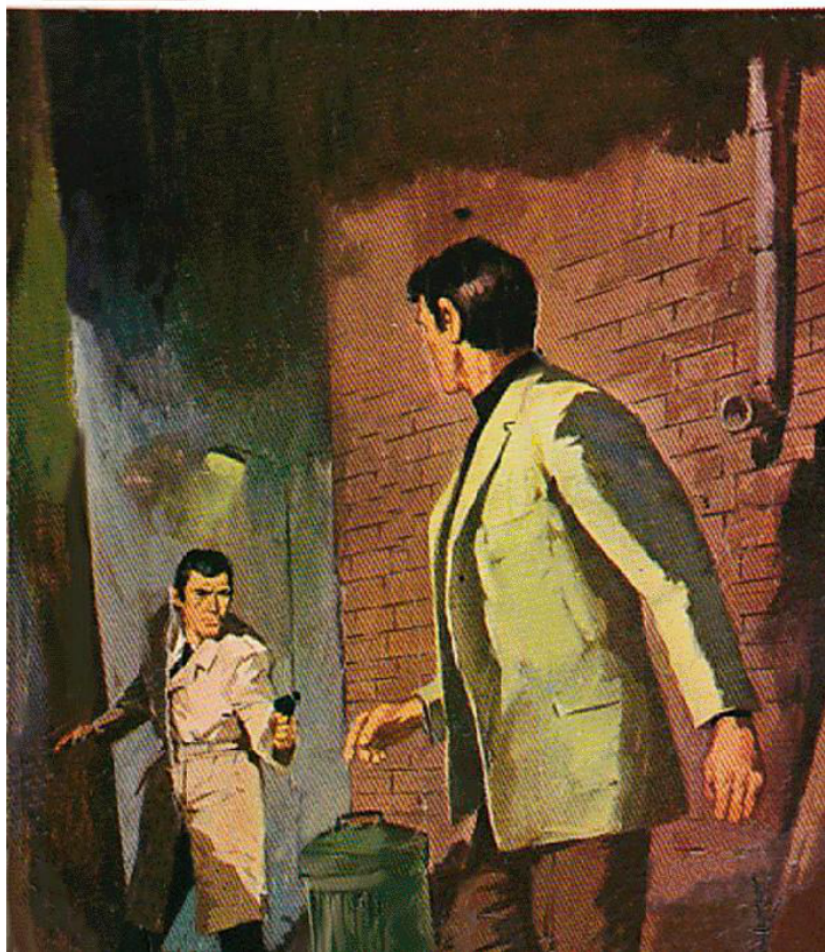
BOLSILIBROS BULGUERA

PUNTO

ROJO

argumento para un cuento policíaco

Frank McFair



COLECCION

PUNTO ROJO



YA ESTA A LA VENTA
LA NUEVA SERIE

SELECCION

TERROR

Creada para aquellos
lectores que poseen nervios de
acero y no temen traspasar las fron-
teras de lo irreal y adentrarse en
un mundo desconocido, aterrador
como una pesadilla, apasionan-
te como la más increíble de las
aventuras.

FRANK MCFAIR

ARGUMENTO PARA UN CUENTO POLICIACO

Colección **PUNTO ROJO** n.º 582

Publicación semanal

Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MÉXICO

Dépósito legal: B 17.051 - 1973

ISBN: 84-02-02520-X

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: junio, 1973

© FRANK McFAIR - 1973

texto

© ENRIQUE MARTIN, 1973

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1973

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección BISONTE SERIE ROJA:

1.306. — ¡Silencio, coyotes!

En Colección PUNTO ROJO:

557. — Se alquila una pistola.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.165. — En Harlem, algo se masca.

En Colección BRAVO OESTE:

530. — Sólo una india muerta.

En Colección KANSAS:

687. — Allí, donde el oro brilla.

En Colección CALIFORNIA:

769. — Desde el mundo de las sombras.

En Colección ASES DEL OESTE:

628. — De una misma sangre.

En Colección BUFALO SERIE ROJA:

1.020. — El alguacil.

En Colección COLORADO:

718. — Los Donovan presentan batalla.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

127. — El roquedal del Arco Iris.

CAPÍTULO PRIMERO

Hacía un rato que les había oído discutir en el reservado más próximo al lugar en que él se encontraba, pero no les había prestado mucha atención. Bastante tenía con ocuparse de sus propios problemas para fijarse en los de los demás.

Everett Colman se hallaba al final de la barra, y el resto de ella casi se había vaciado ya, porque eran cerca de la una y media de la madrugada. El camarero limpiaba vasos abstraídamente, detrás del mostrador y tampoco parecía atento a los ocupantes del reservado.

Sus problemas... Pues sí que lo eran, y más en ese momento. El último cuento que envió a la revista había sido rechazado con una atenta carta del director de la sección de narraciones cortas.

Atenta, sí, pero categórica. «Lo sentimos mucho, pero su cuento resulta poco verosímil, los personajes sumamente irreales y el ambiente demasiado alambicado. En resumen, no apto para ser publicado en nuestra revista, cuyos... etc. etc.».

En menos palabras: no les servía.

Por lo cual, había decidido emborracharse. A la mañana siguiente leería nuevamente el cuento, y si en efecto tenían razón las críticas del director, lo tiraría a la basura y comenzaría otro.

Y como Everett Colman no vivía de otra cosa que de aquellas narraciones poco verosímiles y de personajes «alambicados», las perspectivas no eran precisamente prometedoras. No le quedaba mucho dinero, a decir verdad.

«El caso es —pensó mientras vertía garguero abajo el quinto *whisky* doble— que si el cambio de escena en el que él le dice a ella quién podría querer la muerte de Jimmy...»

No pudo acabar. La discusión en el reservado había subido de tono. Everett se volvió, enfurecido, porque todo aquel barullo no le dejaba pensar.

Había dos hombres sentados en el banco de madera de la

derecha y ante ellos dos latas de cerveza que ya deberían estar vacías si se tiene en cuenta el tiempo que llevaban hablando y discutiendo.

Uno de ellos era bajito, con lentes montadas al aire y faz sonrosada, y el otro alto, delgado, con cara de halcón. Este último había cogido a su interlocutor por las solapas de la chaqueta y lo zarandeaba. El hombrecito de los lentes intentaba zafarse mientras hablaba rápidamente.

—Vaya —dijo el camarero—. Ya están esos dos a la greña, de nuevo.

—¿Por qué no los echa? —preguntó Colman.

—No lo sé. Porque el bar no es mío, pero si lo fuera...

Colman se encogió de hombros y procuró pensar de nuevo en cómo quedaría el cuento si él no le decía a ella... etc. Inútil.

La discusión parecía estar a punto de degenerar en pelea. El camarero suspiró y se dirigió hacia la salida del mostrador, dispuesto a intervenir. Pero llegó tarde. El hombre de la cara de halcón le dio al otro una bofetada que lo tiró contra la pared del reservado, y se puso en pie. Sin volver la cabeza, se dirigió a los lavabos.

Colman dejó el taburete y se dirigió hacia el hombrecillo de los lentes.

—¿Se encuentra bien? —preguntó.

El otro le miró con ojos de búho. Tenía en la cara las huellas de la mano del ofensor.

—Sí, sí, por supuesto —respondió un poco vagamente.

—Está bien.

Cuando Colman se volvía, el hombrecillo lo agarró por la manga. Como el bar estaba cerca del sitio en que vivía Everett, éste no se había molestado en vestirse. Llevaba los mismos pantalones viejos y gastados por el trasero y las rodillas y un jersey de cuello alto, igualmente viejo, que empleaba en casa, para escribir.

—Oiga —dijo el hombrecillo apresuradamente—. ¿Quiere ganarse veinte dólares?

—¿Qué?

—Aprisa, no hay tiempo que perder. Dígame si quiere ganarse veinte dólares.

Everett pensó rápidamente. ¿Qué podía perder diciendo que sí?

Lo dijo.

—Pues escuche. Cuando salga ese hombre de ahí, sígalo y quítele un papel que lleva en la cartera. Es un papel de color amarillo. No puede equivocarse. Yo lo estaré esperando en la esquina de Lafayette y Kosciusko. Tenga, diez dólares a cuenta. Los otros diez se los daré luego. ¡Por el amor de Dios, dese prisa! Ese hombre va a salir.

¿Qué diría el director de las publicaciones cortas de la revista *Sunday Lectures*? Que ésta era una situación inverosímil y alambicada, y de personajes evidentemente creados por un autor falto de argumentos. Everett apretó las mandíbulas.

—No creo que se quiera dejar quitar ese papel —dijo.

—Bueno, eso... No me importaría que le diese usted un golpe en la mandíbula. No me importaría que le rompiese un hueso, si a eso vamos —y añadió, lanzando una mirada hacia los lavabos—: Pero consígame el papel. Eso es lo que quiero. Le daré... treinta dólares.

La puerta del lavabo comenzaba a abrirse. El hombre soltó a Colman como si la manga de éste quemase y se puso a mirar hacia otro lado.

Colman se separó de él, todavía con el billete de diez dólares en la mano, pero al ver cómo el hombre de la cara de halcón se acercaba por el pasillo que formaban la pared y los reservados, se lo guardó y se situó de nuevo ante el mostrador.

El halcón llegó hasta donde se encontraba el hombrecillo y le lanzó una feroz mirada.

—Ya lo sabes, maldito puerco —dijo en voz baja—. Como no lo tengas mañana, te vas a acordar todo lo que te quede de vida. Mañana, bastardo. Se lo dices a él o alguno otro, pero mañana has de dármelo.

Y se fue hacia la puerta.

El hombrecito de los lentes miró a Colman y le hizo una frenética seña. «Bueno —pensó Colman—, seguiremos el juego». Se había ganado los diez dólares más fáciles de su vida, hasta entonces. Y lo que es más, el director de las publicaciones cortas de *Sunday Lectures* iba a tener una narración suya encima de la mesa dentro de poco, porque aquello le estaba dando una magnífica idea para un cuento.

«Un hombre encarga a otro que asalte a un tercero. El primero

se llama Baxter y es director de una agencia de seguros, al cual hacen objeto de un chantaje...»

Acababa de formar en su mente la palabra chantaje cuando se encontró en la calle. El hombre de la cara de halcón se alejaba por el callejón que llevaba a Kitt.

¿Qué diablos tendría aquel papel? ¿No sería mejor saberlo para darle mayor verosimilitud al cuento? Los cinco *ryes* dobles que se había tomado le daban una gran seguridad en sí mismo. «Lo que estás pensando hacer —se dijo virtuosamente— no es un robo, sino sencillamente almacenar material para un cuento con el que poder darle en la cara a ese cretino de director».

Y entre su irritación contra el director y el alcohol, después de considerar vagamente que el hombre de la cara de halcón era más estrecho de hombros que él y un par de pulgadas más bajo y que quizá no hiciera la gimnasia que él hacía todas las mañanas, se lanzó en pos de él.

Lo alcanzó hacia la mitad del callejón, que naturalmente estaba vacío a aquellas horas. El hombre, al oír sus pasos, se volvió con rapidez.

La cantidad de cosas que puede hacer el alcohol. En realidad, el mismo Colman se asombró al oír su propia voz:

—Lleva usted un papel amarillo en la cartera. Démelo, rápido.

A la luz del reverbero de la esquina, Colman vio sus ojos. Los había abierto mucho.

—¿Quién es usted? ¡Lárguese, maldito...!

—Vamos, démelo. —Colman se acercó otros dos pasos y alargó una mano para cogerlo por las solapas.

El otro retrocedió y echó mano al bolsillo. Al instante, Everett vio brillar algo en ella. El *whisky* le nublaba ligeramente el cerebro, pero no la vista. Aquello era un revólver.

—Te voy a destripar —dijo el otro ominosamente—. A todos los que vengan los voy a destripar.

Y Colman comprendió que estaba diciendo la verdad, que ésa era su verdadera intención, no simplemente una amenaza. Le estaba apuntando al vientre.

Colman le dio una patada en la mano y el arma cayó a tierra. Antes de que pudiera reaccionar lo alcanzó en la punta de la barbilla con el puño derecho y se hizo daño. Una cosa es cambiar

unos cuantos golpes en el gimnasio con los guantes puestos y otra cosa aporrear un mentón. Duele.

El hombre puso los ojos en blanco y se cayó hacia atrás, apoyando las manos en el suelo.

Luego rodó un poco sobre sí mismo y se quedó quieto. En ese momento Colman comenzó a darse cuenta de lo que estaba haciendo. «Pero al fin y al cabo, ha querido disparar sobre mí», se dijo. «Legítima defensa, Señoría», le diría al juez. «Bien, y del atraco, ¿qué hay?», sería la nueva pregunta.

Le dieron ganas de salir corriendo ahora que aún estaba a tiempo, pero la curiosidad se había apoderado de él. La maldita curiosidad.

Aguantándose las ganas de huir como una liebre, se inclinó sobre el hombre y le metió la mano en el bolsillo de la chaqueta. Allí estaba la cartera.

La sacó, pero no había suficiente luz como para ver cuál, de todos aquellos papeles era de color amarillo. La mano le temblaba un poco y uno de ellos se le cayó al suelo.

En ese momento oyó el ruido en la embocadura del callejón y entonces fue cuando ya no esperó más.

Con la cartera en la mano salió corriendo en dirección contraria, dobló por Kitt y se encontró a dos manzanas de su casa.

El corazón le latía como una marimba. Se guardó la cartera en el bolsillo y apresuró el paso, esperando oír a cada momento detrás de sí los gritos de costumbre y el silbato de algún policía. Pero nada oyó.

Llegó a la esquina de Lafayette, pero el hombre de los lentes no estaba allí. Un par de coches lo adelantaron, pero ninguno de ellos frenó a su lado.

Quizá era que a su imprevisto empleador no le había dado tiempo aún para llegar, pero él no estaba dispuesto a esperar allí mucho tiempo.

Por el momento, lo que le urgía más era meterse en casa, porque si no miedo, sí sentía algo extraño en la boca del estómago. Había hecho una serie de tonterías de las que estaba seguro se iba a arrepentir no tardando mucho.

«Vuelve y deja la cartera donde la encontraste, o al menos, tirla por allí cerca», le dijo la voz de la razón.

Y como la estupidez humana es infinita, Colman no hizo caso alguno a la voz de la razón.

Dio la vuelta, se metió en su portal y continuó hasta el patio en el que un casero avispado había acondicionado varias viviendas a las que sacaba buen jugo, pese a su escasa salubridad.

Trepó por la escalera interior hasta llegar a su puerta volviéndose aún para ver si alguien lo había seguido, pero no era así al parecer. Por fin se encontró en el seguro de su casa.

Ésta constaba de tres habitaciones. Un sitio en el que trabajaba, donde tenía su mesa y sus libros y su máquina de escribir, un dormitorio y una pequeña cocina con ducha aneja.

Se dejó caer en una silla y esperó casi cinco minutos hasta que se calmase la marimba que le latía en el pecho.

Por fin fue a la cocina, buscó entre las botellas vacías y reuniendo los fondos de todas logró llenar un vaso con *whisky* de centeno. Se lo tragó de un sorbo porque la verdad es que le estaba haciendo mucha falta.

Por último, cogió la cartera y la abrió, buscando el papel amarillo.

Allí estaba, metido entre otros varios. Lo desdobló para enterarse de qué podía ser tan imprescindible como para haberse expuesto a que lo metieran en la cárcel un año o más, y se llevó una sorpresa.

Era un pagaré, corriente y vulgar, por el cual míster Treath se comprometía a abonar a míster Landbury la cantidad de cinco mil dólares, algo muy común..., pero tremendamente peligroso, para él, Everett Colman.

—Muchacho —se dijo—, vas a ir a la cárcel por atracador y por servir a los intereses de un estafador, porque estafar es pretender apoderarse de un pagaré para no tener que responder de una deuda. Atracador y cómplice de una estafa, ya puedes darle todas las vueltas que quieras.

Necesitaba un *whisky*, pero sería inútil e incluso quizá peligroso salir a la calle a buscarlo.

Miró el resto de los papeles, más por distraerse que porque en realidad le interesase su contenido.

Había varias facturas, siempre a nombre de míster Treath, y direcciones, y todo ese fárrago que los hombres van amontonando

en sus carteras hasta que un día se deciden a hacer limpieza y lo tiran todo a la papelera.

Y un documento de la Asociación de abogados del Estado, acreditando que míster Oliver Treath era socio de la misma, con el número 582 y que vivía en Concord Avenue y que pagaba sus cuotas con regularidad, según se desprendía de la planilla que había en la parte posterior del documento.

—Bueno —se dijo Colman—. Ya sabes a quién has atracado, muchacho. Y ahora, ¿qué diablos vas a hacer?

No lo sabía. La verdad es que no tenía ni la menor idea. Apuró los restos de la bebida y se quedó quieto, con los ojos fijos en la pared.

Había algo que podía hacer.

Era una posibilidad casi desesperada, pero por más vueltas que dio al asunto no logró encarar otra mejor: dirigirse por la mañana a Concord Avenue, preguntar por míster Treath, devolverle la cartera con su más humilde sonrisa y decirle que allí estaba su cartera, que se guardase sus veinte dólares y que ya no quería saber nada del asunto.

Se presentaría, eso sí, vestido con su mejor traje, con su corbata de seda italiana y con algún otro aditamento, para evitar que pudiera reconocerlo.

Y si lo reconocía, por una evidente mala suerte, comenzaría su historia de la siguiente manera:

«Verá, me encontraba en un atolladero. Los novelistas somos unos seres tremendamente especiales. Necesitaba un argumento, y pronto y...»

Si se lo creía, él, Colman, sería el primer sorprendido, naturalmente, pero había que arriesgarse. Al menos, podía demostrar que era novelista.

Con esta esperanza se desnudó y se metió en la cama. El *whisky* estaba comenzando a hacer su efecto.

CAPÍTULO II

La casa número 402 de Concord Avenue era un edificio comercial con la fachada de cristal, una conserjería provista de centralita, listas de inquilinos luminosas, dos empleados y suelos de mármol.

Colman penetró en el vestíbulo con su paso elástico, aunque sintiendo una ligera picazón en la espalda.

Pasó por la conserjería, donde le indicaron que el despacho de míster Treath estaba en el décimo piso, y ascendió a éste. La comezón se intensificaba.

Al abrir la puerta de batientes para penetrar en el despacho de míster Treath se encontró en un salón de recepción donde trabajaban varias jóvenes.

Una de ellas se levantó y con una sonrisa profesional de secretaria o de azafata, se dirigió hacia Colman. Era joven, muy bonita y llevaba una bata azul oscuro que dejaba sus piernas al descubierto más arriba de las rodillas.

Piernas y rodillas eran fabulosas.

—Deseo hablar con míster Treath —dijo Colman un poco confusamente. Se había metido dos masas de chicle en las mejillas para deformar un poco la cara. También se había peinado de forma diferente a la usual.

Con todo ello esperaba que míster Treath no lo reconociese.

—¿Está citado, señor...?

—Pues..., no. Pero estoy seguro de que me recibirá. Quiero encargarle de un asunto.

—Míster Treath no se encuentra aquí en este momento.

«Naturalmente —pensó—. Seguramente está en la cama con una bolsa de hielo en la barbilla».

Miró disimuladamente sus propios nudillos. Afortunadamente no estaban despellejados.

—Pero puede usted hablar con míster Levison —añadió la muchacha—. Es el ayudante de míster Treath.

—No —dijo Colman firmemente—, deseo hablar con míster Treath, y no con nadie más. Puedo volver en otro momento.

La muchacha vaciló ligeramente. Muy ligeramente.

—¿Quiere pasar a la sala de espera? Estoy segura de que míster Treath no tardará.

Le llevó a través de la oficina hasta una habitación pequeña, provista de butacas de cuero amarillo y una mesita con tapa de mármol blanco.

Se sentó, mientras la joven caminaba hacia la puerta. La falda revoloteaba y azotaba sus espléndidos muslos. Colman se sustrajo al espectáculo con un *ejem*.

—Un momento —dijo—. Dice que míster Treath no tardará. ¿Lo ha dicho él o lo suponen ustedes? Quiero decir, ¿suele estar a estas horas ya en el despacho?

—Sí —respondió—, pero hoy se ha retrasado un poco. Acaba de telefonar. Ha dicho que llegará dentro de unos minutos.

Le estaba mirando directamente a la cara. Colman se preguntó...

—¿Dolor de muelas? —preguntó la joven con simpatía.

Colman se dio cuenta de que una de las masas de chicle se había desplazado ligeramente de su sitio. La colocó bien precipitadamente.

—¡Oh, no! —respondió.

Pero ella se había dado cuenta de la maniobra. Su cara reveló una sorpresa cortés.

—No es nada —añadió Colman sonriendo. Sabía que su sonrisa solía ser bastante bien recibida entre las mujeres.

—Bien, lo dejo aquí hasta que venga míster Treath —dijo ella.

Aquel movimiento de caderas y el revuelo de las faldas resultaba positivamente turbador. Al cerrar la puerta tras de sí, fue como si el sol se hubiese tapado. Volvió a la realidad prontamente, no obstante.

«Bien, míster Treath —diría—. Desde luego puede usted denunciarme, pero si usted fuese un novelista sin argumento, sabría de lo que es capaz uno en esa situación. Hago un llamamiento a su inteligencia...»

Durante cierto tiempo discurrió por ese camino. Corría, es

cierto, peligro de convertirse en huésped de la prisión del Estado, además de ser un novelista sin argumentos. No obstante, ¿es que no se pueden escribir buenos cuentos policíacos en una cárcel? Lo más probable es que sí. Bien, en ese caso...

La puerta se abrió y la secretaria de las piernas fenomenales apareció en ella. Colman se fijó en que su pecho no desmerecía en absoluto de las piernas. Hay muchas maneras de conseguirse unos senos agresivos, espectaculares, pero Colman hubiera jurado que ninguna de aquellas maneras se había empleado allí. Tenían «todo» el aspecto de ser naturales.

—Míster Treath acaba de llegar. ¿Qué le ocurre, señor? ¿Se siente mal?

—No —dijo Colman—. De ninguna manera, aunque pudiera sentirme mejor. ¿Por dónde?

—Sígame, señor, si no le importa.

¿Seguirla? Colman se dijo que pasaría horas enteras siguiéndola, sin importarle en absoluto. Desgraciadamente, el corredor era corto, pasaba por la sala de mecanógrafas y desembocaba en otro corredor más pequeño aún. La chica lo pilotó hasta una puerta forrada de cuero pardo y clavos de bronce.

La abrió, le dejó pasar y él entró.

«*Alea jacta est*», pensó.

Había un hombre sentado ante una enorme y lujosa mesa de despacho. Levantó la cabeza al entrar Colman y lo miró.

No era míster Treath.

Es decir, no era el hombre de la cara de halcón, el hombre al que había atacado la noche anterior.

Ni tampoco era, sin ningún género de duda, el hombrecillo de los lentes montados al aire.

—¿Bien? —dijo el hombre.

—Éste... ¿Míster Treath?

—En efecto. ¿En qué puedo servirle? Tome asiento, míster...

—Colman, Everett Colman —dijo sin pensar.

Y se dejó caer en un sillón de cuero que se hundió varias pulgadas bajo su peso.

Míster Treath era un hombre de unos cincuenta años, de cara tersa y pelo casi blanco, barbilla recia y perfectamente rasurada.

Lo examinaba cortésmente, pero con un asomo de impaciencia.

La situación resultaba tan absurda que Colman comprendió que lo mejor era cortarla inmediatamente.

Metió la mano en el bolsillo y sacó la cartera.

—¿Esto es suyo? —preguntó al tiempo que la dejaba sobre la mesa, donde el otro pudiera alcanzarla.

Treath la tomó y miró. Una expresión extraña apareció en sus ojos.

—En efecto, es mía. ¿Puedo preguntarle de dónde la ha sacado?

—La encontré en la calle.

Abrió la cartera y examinó rápidamente su contenido. Luego miró a Colman de nuevo.

—Sí, no cabe duda. Debo agradecerle, míster... Hum. ¿Colman?

Éste alzó una mano en el aire y la agitó negativamente.

—De ningún modo. Creí que era mi deber.

—¿Dice que la encontró en la calle? ¿Puedo preguntarle en cuál? Verá, míster Colman, esta cartera me desapareció hace varios días. Ya había perdido la esperanza de encontrarla. Di cuenta a la policía, pero me dijeron lo difícil que sería hallarla de nuevo, si es que alguien la había robado. Aunque como verá usted, no había en ella nada que pudiera tentar a un ladrón.

—La encontré en las cercanías de Lafayette. Anoche. No he querido perder un momento en entregársela a su dueño.

Volvió a mirar los papeles.

—Éste... ¿Está seguro de no haber dejado caer algún papel al recogerla?

Colman dio gracias al cielo por no haber metido entre los otros el pagaré amarillo.

—Desde luego que lo estoy. Nada más que eso había. Por otra parte, no miré el contenido de esa cartera más que lo preciso para averiguar las señas de su dueño.

—Sí, sí, comprendo.

—¿Debía haber algo más? —preguntó Colman con aire intranquilo.

—No sé exactamente. Tendría que mirar con más detenimiento... Se lo pregunto únicamente para asegurarme, míster Colman. Bien, le repito mi agradecimiento. Ya sé que es un deber de civismo el devolver aquello que hallamos, pero desgraciadamente no todo el mundo cumple con sus deberes de civismo.

—¡Oh...! —dijo Colman sin comprometerse.

Treath se puso en pie y le alargó la mano. Sus ojos lo examinaron escrutadoramente.

—Si puedo hacer algo por usted, míster Colman... Me gustaría que me dejara su dirección por si en algún momento...

Volvió a mover la mano vagamente en el aire.

—Bueno, míster Treath, todo está bien así. No tiene que preocuparse. Todo está *O.K.*

—De veras, si me dejase su dirección...

Colman se dijo que no iba a ser tan idiota. Aquel asunto le estaba ya oliendo a pescado de varios días. Demasiada tontería había hecho al darle su nombre.

Se dirigió hacia la puerta después de haber estrechado la mano que se le tendía. Debía haber apretado algún botón, porque la misma secretaria apareció.

—Adiós, míster Colman —dijo Treath—. Evelyn, acompañe al señor Colman, y si en alguna ocasión viene a verme, no le haga esperar antesala de ninguna manera. Míster Colman es un caballero al cual le estoy muy reconocido.

«Mentiroso —pensó Colman—. Estás rumiando que quizá me he guardado algo que te pertenece. Y además, estás pensando la verdad».

Siguió a Evelyn hasta la puerta.

—Ya lo ha oído —dijo—. Míster Treath considera que me está muy reconocido. Usted, como secretaria suya, ¿no me estará también lo suficientemente reconocida como para aceptar una copa?

—No —respondió. Pero no parecía una negativa muy categórica.

—Si se decide, estaré a las cuatro en el Jemimah, ahí enfrente. Supongo que abandonará usted el trabajo a las cuatro.

—Salgo a las cuatro, pero no estaré a esa hora en el Jemimah.

—Bueno, yo la esperaré de todos modos. Incluso contra toda esperanza.

La falda se ceñía sabiamente a sus caderas y de ella emanaba un perfume ligeramente campestre. El conjunto resultaba positivamente turbador.

—Oh, vamos, deme una oportunidad —dijo Colman—. Plante a su novio y venga a las cuatro a tomar una copa conmigo.

—No.

—La esperaré.

—No puedo impedirlo.

¿Le sonreía? Colman era bastante vanidoso. Sus seis pies, su cabello oscuro y sus ojos castaños no desagradaban a las mujeres. Por el contrario, algunos de sus conflictos habían venido siempre por no resultar demasiado desagradable.

—Quiero que me diga cómo se llama ese perfume, Evelyn. Me recuerda a las montañas de Kentucky.

—O a las parameras de York. El caso es decir algo, ¿no?

—Touché.

Bueno, al fin y al cabo, él era un escritor y ella una empleada. Tampoco era cosa de caer de rodillas para tener el honor de gastarse el dinero en ella. Aunque..., ¡vaya empleada! Una secretaria llena de cosas de ésas le gustaría tener algún día. Quizá cuando fuese un escritor por el que se pelearan todos los agentes y todas las revistas...

—De todas formas —dijo seriamente—, me gustaría verla de nuevo.

—Evelyn, el señor Treath pregunta por ti —dijo una de las muchachas que escribían a máquina, caminando hacia ellos.

—Adiós —dijo Evelyn.

—Ya lo sabe, estaré en el Jemimah a las cuatro y cinco.

Se marchó sin responder. La jovencita que se había acercado le miró con los ojos entornados.

—Le diré a Evelyn que si ella no lo va a utilizar a usted, podría dejármelo a mí.

—¿Qué sabe hacer?

—De todo —respondió significativamente.

Aquello se estaba enredando y Colman tenía que trabajar. Bien estaba con Evelyn, pero no podía liarse simultáneamente con dos chicas que trabajan juntas. Suele ser peligroso. Aunque de todas formas, nunca es malo tener una bala en la recámara.

—¿También sabe...? —se lo dijo en voz baja.

—También —respondió sin pestañear.

—Pues entonces nos veremos en cualquier momento, cuente con ello.

Al llegar a la calle se detuvo un momento.

Bien, ¿qué diablos significaba todo aquel enredo? El hombre al que atacó llevaba la cartera de míster Treath, pero no era míster Treath.

Y míster Treath, el abogado, debía estar echando en falta el documento que él, Colman, llevaba en su bolsillo.

¡Diablos, allí estaba!

El individuo al que él atacó era quien había robado la cartera o había encontrado la cartera de míster Treath y que por cierto no la había devuelto.

«Muchacho —pensó—. Da media vuelta y di que te has encontrado este pagaré en el bolsillo y que no sabes cómo diablos ha ido a parar a él, pero que se habrá caído de la cartera. Devuélveselo a míster Treath».

Se detuvo, irresoluto, pero ya otra idea venía cabalgando sobre la anterior. Porque..., el hombrecito de los veinte dólares, ¿qué diablos pintaba en todo aquello? ¿Cómo sabía que el hombre de la cara de halcón tenía el pagaré en el bolsillo?

Era un verdadero lío.

Pero al fin y al cabo, él, Colman, era un novelista. Y allí tenía el comienzo de una historia. De todas formas esa misma noche intentaría averiguar quiénes eran aquellos tipos, les seguiría la pista y...

Se sentía lleno de optimismo creador. Y además, estaba Evelyn. Quizá cambiase de opinión y acudiese al Jemimah, cuya puerta se abría acogedoramente frente a él entre el cine Rodney y la tienda de antigüedades de Hahnemann.

Vio a un chico que pasaba agitando los periódicos y compró uno. Mientras andaba y como la calle no estaba muy concurrida, le echó una ojeada a los titulares. Uno de ellos, a dos columnas, le llamó la atención:

«Misterioso asesinato en Kitt Street. Un hombre muerto a cuchilladas».

¿En Kitt? ¿La noche anterior?

Se paró y comenzó a leer rápidamente. Un sudor frío comenzó a bañarle la espalda y las manos. Allí estaba. Un hombre alto, moreno, cuya fotografía venía reproducida un poco más abajo.

Y aquél era Halcón.

Miró a su alrededor, sobresaltado. Le pareció durante un momento que todos los transeúntes le examinaban con sospecha. Se puso el periódico bajo el brazo y se dirigió hacia el autobús. Un cuarto de hora más tarde estaba en su casa.

Se sentó en la silla y comenzó a leer febrilmente. A las dos y cuarto de la mañana, un patrullero de la policía había descubierto el cadáver de un hombre en el callejón que va de Kitt Street a Balboa.

Lo habían matado a cuchilladas y le habían vaciado los bolsillos, los cuales estaban vueltos al revés. La policía, siempre según el diario, no había hecho otra declaración que la de que ignoraba por el momento quién era el hombre, pero que tenían una pista prometedora..., etc. Lo que la policía dice siempre cuando no tiene nada que decir.

Se le había olvidado comprar algo para beber y lo sentía, en ese momento necesitaba un trago. Porque las cosas que podían comenzar a suceder...

Por ejemplo, ¿y si se presentaba el hombrecillo de los lentes montados al aire para denunciarlo? No, eso no podría hacerlo sin descubrir que había sido él quien lo incitó a asaltar al otro.

Pero alguien más, el camarero, quizá, recordaría haberle visto con aquel hombre y lo diría a la policía. Bien es verdad que no sabía quién era Colman, pero lo había visto bastantes veces y su descripción... Y luego Treath podría hundirlo definitivamente reconociéndolo como quien le devolvió la cartera.

El embrollo era mayúsculo.

El no había acuchillado a aquel hombre, ni le había vuelto al revés los bolsillos, pero ¿quién lo salvaría si llegaban a relacionarlo con el muerto y salía todo el asunto a relucir?

—Bueno, no te preocupes tanto —se dijo al cabo de media hora de pensar con la velocidad de un tren expreso—. Al fin y al cabo, te vieron hablando con un tipo que había discutido con el muerto. Nada más. Lo que tienes que hacer es echar un vistazo, discreto, muy discreto, por supuesto, por allí. El hombrecillo de los lentes, si logras encontrarlo... Ése, ése es quién tendría que explicar muchas cosas.

¿No buscaba un argumento desde hacía unos días? Bueno, pues allí tenía uno y... ciento por ciento verídico.

A las cuatro menos cuarto se encaminó al Jemimah. Estuviese o no metido en un lío, si Evelyn se decidía a dejarse caer por allí, ¿qué iba a hacer él metido en casa?

El Jemimah tiene sillones en semicírculo, colocados estratégicamente a lo largo del salón, delante de la gran barra.

Se instaló en uno de ellos y pidió un *whisky*. Casi se le subió a la cabeza, porque no había comido nada.

A las cuatro y diez apareció Evelyn. Se detuvo un momento en la puerta, mirando a su alrededor, y varios de los hombres que haraganeaban en la barra se colocaron bien las corbatas y le clavaron los ojos invitadoramente. Colman se puso en pie para que ella lo viera.

—Hola —dijo mientras se acercaba.

Se sentó junto a Colman y éste encargó un martini para ella.

—¿Le sorprende que haya venido? —preguntó con hermosa voz de contralto.

Decirle que no, a secas, sería una vanidad que podía costarle cara. Las mujeres gustan de sorprender.

—No, pero agotaba mis últimas esperanzas. ¿Qué le ha hecho a su novio?

—No lo tengo.

—Pues no necesita seguir buscando.

—No busco.

—Claro que no. Quiero decir que me presento como candidato.

Al sentarse, la falda se había subido aún más sobre sus hermosos muslos. Colman procuró no bajar demasiado la mirada.

Ella lo observó fijamente. Colman se dijo que no podía hacer el tonto. Ella parecía una mujer inteligente y si estaba allí no era para escuchar todos los clichés con que un hombre se facilita la tarea de acercarse a una muchacha bonita.

—Me alegro de que haya venido —dijo con sencillez—. La necesitaba.

—¿Por qué?

—Me encontraba solo.

—Dentro de media hora volverá a quedarse solo, porque tengo que marcharse.

—Media hora puede ser mucho, y muy poco.

Bebió su martini.

—¿Era para decirme eso por lo que insistió tanto en que viniera?

—Verá, *miss*...

—Lyonel.

—¿Sabe para qué fui a ver a su jefe?

—No. Mi jefe es muy reservado. Pero espero que usted me lo diga.

—Fui a devolverle algo que había perdido.

—Muy amable, pero ¿qué tiene todo eso que ver conmigo?

¿Sería solamente una secretaria no enterada de los secretos de su jefe? ¿O estaría allí para tirarle de la lengua por orden de Treath?

—Fui a devolverle una cartera. Según él, había dado parte a la policía. ¿Quiere decir que usted no sabía nada de ello?

—No —respondió, sinceramente al parecer—. Pero sigo sin ver...

—¿Su jefe es abogado civil? No lo leí en la placa.

—Es abogado criminalista. Y muy conocido. Dicen que muy bueno.

—¿Qué tal persona es?

—Míster...

—Colman. Everett si le parece mejor.

—Míster Colman, ¿me ha hecho venir para hablarme de mi jefe? En ese caso la entrevista ha acabado. No hablo de asuntos de la oficina fuera de las horas de despacho y ni en las horas de despacho hablo de mi jefe. Y me tengo que ir.

—Espere un momento, por favor, Evelyn.

—Mis Lyonel para usted.

—Verá, soy novelista.

Muchas mujeres, ante esta confesión, abrían unos grandes ojos y su sonrisa se acentuaba. Evelyn Lyonel, no. Seguía mirándolo fijamente, pero sin demostrar mayor interés. Colman comenzó a ponerse nervioso, porque estaba deseando decirle la verdad, pero no se atrevía aún.

—Verá, para los novelistas del género policiaco, todos los asuntos son buenos. Quiero decir que todos ellos pueden ser el punto de partida para una novela o un cuento.

—¿También perder una cartera y que el que la encuentre la devuelva?

Si había ironía en su tono, Colman no lo percibió. Parecía estar

preguntando únicamente por curiosidad.

—Sí —mintió Everett—. Hasta en una cosa tan vulgar como ésta. He entrevisto un posible argumento y me gustaría perfilarlo más, pero para ello necesito informarme de algunos detalles. He pensado que usted podría ser una ayuda. No tendría inconveniente en desprenderme de una parte de los honorarios que pudieran corresponderme, en el caso de que escribiese el cuento y éste se publicara, y cederle esa parte a usted.

—Míster Colman, ¿tengo cara de imbécil?

—Desde luego que no —respondió Colman con el grado justo de indignación en su tono.

—Entonces, ¿por qué me está soltando toda esa sarta de mentiras?

—Le aseguro que no son mentiras. Mire.

No era frecuente, pero a veces, Colman llevaba en el bolsillo un ejemplar de alguna revista en la que se había publicado algo suyo. Aquella tarde se había echado una al bolsillo.

Le enseñó el cuento. En la parte superior estaba reproducido su retrato en un esbozo a pluma. Era bueno y Colman quedaba bastante parecido.

Ella lo miró y luego levantó los ojos hacia Everett.

—Bien —dijo por fin—. Al parecer, «esto» es verdad. ¿Qué es lo que desea, realmente?

—Que se muestre un poco más humana y un poco menos de «a mí qué me importa todo eso».

Sonrió.

—Ya está —dijo—. ¿Qué desea preguntarme? No me tome a mal el que haya dudado de lo que me dijo. Lo que ocurre es que míster Treath es un abogado criminalista bastante conocido y muchas veces un sin fin de gentes ha intentado acercarse a sus empleados para enterarse de datos relativos a algunos de los casos en que se ocupa. Pensé que pudiera ser usted un detective privado o algo por el estilo.

—¿Tengo cara de detective privado? —preguntó Colman—. Siempre, al mirarme al espejo, he observado en mí un acusado aspecto de intelectual.

—No, pero todas las precauciones son pocas.

—Son esas cosas que me ha dicho las que me sirven para mí

trabajo. Supongo que míster Treath tendrá frecuentes tratos con delinquentes, ¿verdad?

—A veces —respondió con tacto—. ¿Por qué no pide otro martini para mí?

Lo pidió y ella lo bebió con rapidez. Era el tercero, pero no parecía haberle hecho efecto alguno.

Con ánimo de quemar un poco las etapas, Colman pasó la mano por encima del borde del diván y la apoyó ligeramente sobre el hombro de la joven, dispuesto a retirarla si encontraba la menor oposición. No la hubo.

—Podríamos —dijo Colman— seguir esta conversación en otro sitio, siempre que no tenga usted que marcharse tan aprisa como me dijo.

—¿Todos los novelistas caminan tan rápidamente como usted?

—Hombre, ignoro lo que harán los demás, pero...

Colman pagó y salieron a la calle. Muy cerca de allí había un lugar que él conocía muy bien. El Zoombie. Buena música, poca luz y ningún entrometido.

Mientras charlaban sin cesar, para no dejarla ponerse a pensar, la remolcó hacia el Zoombie. No necesitaron autobús ni taxi, pero echó de menos su «Ford» que estaba en el garaje esperando a que tuviese los ciento cincuenta dólares que le llevaban por arreglarle los resultados de una riña con un «Cadillac».

Al llegar a la entrada del Zoombie, ella se detuvo. Estaba comenzando a anochecer.

—Conozco el lugar y sé que no hay bastante luz ahí para distinguir a un caballo del expresidente Johnson. Tres martinis no me hacen perder la cabeza, míster Colman.

—Llámeme Everett.

Había en sus ojos una mirada que lo desconcertó ligeramente.

—Vamos a entrar, pero en cuanto quite usted las manos de encima de la mesa comenzaré a chillar. Usted quiere hablar..., ¿no? Bueno, pues hablemos, pero con las lenguas. No con las manos.

Colman dijo que con las manos había varios lenguajes, todos ellos notablemente explícitos.

—Sí, pero a plena luz, amigo.

Bueno, como al fin y al cabo la cosa era entrar, Colman aceptó. Las cosas se suelen arreglar por sí solas, por lo general.

Entraron.

CAPÍTULO III

Cuando Colman la dejó a la puerta de su casa, en la calle West Virginia, hacía frío.

El invierno se aproximaba a grandes zancadas. Había sido una buena noche, al menos prometedora. No se había mostrado ni demasiado esquiva ni demasiado complaciente. Digamos el término medio para permitir mantener ciertas esperanzas sobre todo porque habían quedado en verse al día siguiente.

Pero casi al instante, Colman dejó de pensar en ella.

El problema del hombre muerto era más urgente para él. ¿Qué es lo que debía hacer? ¿Ir a la policía? Ya se veía ante un sargento tripudo, contestando a, una serie de preguntas y liándose cada vez más. «¿Por qué golpeó usted al hombre?». Sí, veía los fríos ojos del sargento como si los tuviese ante él.

Se estremeció y no de frío, aún.

Miró a su alrededor en busca de un taxi, pero no había ninguno cerca. Prosiguió su camino y ya casi en la esquina de su calle, se paró.

Le parecía que había oído pasos detrás de él. Se volvió, pero no pudo distinguir a nadie. La alta cerca del hospital, bordeada en su parte superior por las copas de los árboles, estaba oscura.

Encendió un cigarrillo, más que por otra causa, por dejar pasar a quienquiera que fuese que venía detrás de él.

Pero los pasos habían cesado.

Dobló la esquina y se detuvo de nuevo. Esta vez no le cupo duda alguna. Alguien se acercaba.

El pulso le latía fuerte, pero regularmente. No tenía miedo. Quería saber.

Se pegó a la tapia de ladrillos y piedra y esperó un momento. Luego, de pronto, dos figuras aparecieron y casi chocaron contra él.

Eran dos hombres altos, tan altos como él mismo y llevaban los

sombreros bien calados en la cabeza.

Se detuvieron y durante un momento se contemplaron los tres.

—Hola —dijo uno de ellos en voz baja—. ¿Nos esperabas?

Colman no respondió. Estaba mirando los brazos de ambos. No veía sus manos porque las llevaban hundidas en los bolsillos de las chaquetas.

—No te muevas —dijo la misma voz—. Y no se te ocurra meter las manos en el bolsillo.

—¿Qué quieren? —preguntó Colman. Su voz sonó ronca y áspera.

—Eso, que no te muevas. Vas a venir con nosotros. Echa a andar, pero no intentes correr.

Colman se volvió e hizo precisamente lo que le habían prohibido: Echar a correr. Sabía perfectamente que en la otra esquina solía haber un policía de facción, y si no estaba allí, no andaría muy lejos. La idea de lanzar un grito le vino a la mente, pero no lo hizo. Era preferible el silencio.

Oía el rápido taconeo de los dos hombres detrás de él, pero Colman era bastante rápido y su preparación física no estaba en absoluto descuidada. A cada momento esperaba oír el retumbar de una detonación, pero ésta no se produjo. Cuando estaba a punto de llegar a la esquina se volvió y vio que no habían logrado acortar distancia.

Y fue entonces cuando tropezó. Dios dos o tres pasos, como un borracho y, por fin, cayó al suelo, apoyándose en las manos. Los dos hombres llegaron a su altura, resbalaron al frenar bruscamente y se le echaron encima.

—¡Maldito! —masculló uno de ellos mientras le agarraba del cuello.

Colman le dio un puñetazo en el vientre y oyó cómo expelía el aire con un silbido. Intentó ponerse en pie, pero el otro le sujetaba fuertemente y rodaron por el suelo.

El hombre era fuerte y procuraba cogerlo por la garganta, lo cual no estaba dispuesto a permitir en manera alguna.

Incrustó la rodilla entre las piernas de su enemigo y apretó hacia arriba con la peor de las intenciones. El hombre se puso a gatas, gruñendo como un cerdo y entonces Colman vio acercarse al otro.

En su mano brillaba algo.

«Un arma», pensó Colman. El ardor de la lucha le había impedido sentir temor, y además, estaba demasiado furioso para sentirlo. Pero comprendía que su situación no era agradable. Aquello podía ser un revólver o un cuchillo.

Giró sobre sí mismo y escuchó un seco taponazo. Algo chocó contra el cemento, junto a él, con un sonido como si se rasgase una lámina de hierro. Estaba disparando contra él y la pistola llevaba un silenciador.

En ese momento, los pasos acompasados del vigilante de facción se oyeron al otro lado de la esquina. En su vida había oído Colman una música más agradable que aquella.

El hombre de la pistola disparó de nuevo y algo caliente rozó el brazo de Colman. Ya había dado la vuelta sobre sí mismo y gracias a ello la bala no le alcanzó la cabeza o el pecho.

Entonces, ambos echaron a correr. Colman se apoyó en la tapia, jadeante, pero no estuvo mucho tiempo en esta posición. Los pasos del policía resonaban cada vez más cercanos.

Se arregló precipitadamente la chaqueta y echó a andar. Casi tropezó con el guardia cuando éste doblaba la esquina.

Le miró un poco ceñudamente, y Colman comprendió que tenía que mostrarse natural o despertaría sus sospechas.

—Buenas noches —dijo.

Gruñó algo y Colman se alejó. Volvió ligeramente la cabeza y contempló cómo el policía le miraba alejarse.

Ahora se trataba de que los otros dos podían estar esperándole en cualquier lugar, o tal vez conocían su domicilio. Este último pensamiento le hizo sentir como si le hubiesen llenado la boca de tierra.

Y además, ¿por qué? ¿Qué es lo que querían esos dos tipos? El no les había dejado hablar y ellos sólo dijeron que querían que les acompañase. ¿Para qué y por qué?

Llegó a su casa y se metió en el amplio patio con las naturales precauciones. Al parecer, nadie había por allí.

Después de cerrar la puerta, registró la casa. Nadie parecía haber entrado. Su departamento no tenía salida de escape y el inquilino anterior había hecho asegurar las ventanas con barrotes de hierro.

Se sentó sobre la cama y comenzó a fumar.

Sólo cabía una explicación en aquel intento de asalto. Lo que

había ocurrido el día anterior. La muerte de Halcón. Pero ¿qué diablos buscaban? ¿Acaso el pagaré? ¿Cómo sabían que él lo tenía? No, no podía ser eso. Era demasiado... maquiavélico. Porque solamente una persona podía haberles dicho que él tenía el papel.

Creyó que se estaba volviendo tonto. Tenía ganas de beber un trago, pero naturalmente no se le iba a ocurrir salir a la calle sin armas. Podía, si quería, tener un arma.

¿O acudir a la policía? No, de una vez por todas, no.

«Eres un escritor, ¿no? —se dijo—. Pues aprovecha lo que la bondadosa providencia ha puesto a tu alcance y escribe un buen cuento con todo eso».

«Bueno —respondió una vocecilla que debía ser la de la razón, o al menos la del miedo—, pero si te cortan el cuello, ¿quién escribirá el cuento?».

En ese momento sonó el teléfono. Colman se sobresaltó. Pero debido a la fuerza de la costumbre, su mano estaba ya en el auricular. De todas formas el teléfono no puede disparar un tiro.

—¿Quién?

—¿Míster Colman? ¿Míster Everett Colman? —preguntó una voz suave.

—Sí, soy yo. ¿Quién llama?

—Míster Colman, usted no cumplió el trato. Usted no entregó lo que le había pedido y por lo cual había pagado.

Así que era el hombrecillo de los lentes montados al aire el que le había metido en aquel lío. Le hubiera gustado tenerle en ese momento al alcance de la mano. Y por cierto, ¿cómo había averiguado dónde vivía y quién era?

—Y bien, ¿qué es lo que quiere? —preguntó.

—Recuerde nuestro trato. Le daría veinte dólares más si me entrega lo que le pedí. ¿Está dispuesto a hacerlo?

—Escuche —respondió Colman—. Está usted equivocado. Yo no hice lo que me pidió. No me debe nada. En cuanto a sus veinte dólares...

—¡Oh, sí, míster Colman! Usted lo hizo. Y no solamente cogió el papel sino también... digamos accidentó al otro hombre. Verá que estoy bien informado.

Colman sintió el sudor correrle por la espalda.

—Se equivoca usted —repitió—. Alguien le ha informado mal.

—Le digo que no, míster Colman, no puedo perder mi tiempo. O me devuelve usted el papel que le quitó a aquel hombre o llamaré a la policía diciéndoles quién es el que mató a ese pobre hombre.

Hubo un ominoso silencio. Una pausa.

—Digamos que le doy de plazo hasta dentro de... No, mañana por la mañana necesito tenerlo en mis manos. Lo depositará usted en un sobre, en los lavabos de la estación terminal del autobús de Graham Mills, dentro de dos horas. De lo contrario llamaré a la policía y les haré saber un par de cosas. Espero que me haya entendido bien, míster Colman, y que no cometa tonterías. Podría costarle caro.

—Oiga...

«Che».

Había cortado la comunicación.

Colman se limpió el sudor de la frente. ¿Dentro de dos horas? Bueno, la verdad es que era aquélla una cosa que no estaba dispuesto a hacer.

Y por otra parte, ¿qué podía hacer? ¿Cómo se había enterado de quién era él? Aunque ahora, en realidad, eso tenía poca importancia. El caso es que lo sabía. Y que él, Colman, estaba metido en un buen lío.

Ese papel debía ser importante. Poco después de haber entrevistado a míster Traeth, dos hombres habían querido asaltarle en la calle, y ahora el hombrecillo de aspecto inofensivo estaba dispuesto a denunciarlo a la policía.

Pues bien, si ese papel era tan importante para «ellos», también lo sería para él.

Buscó febrilmente en la guía de Teléfonos hasta que dio con la calle y la casa a la que había acompañado a Evelyn Lyonel. En cuanto la encontró disco el número.

—¿Sí? ¿Quién?

—Escuche, Evelyn, quiero hablar con usted.

—Estaba a punto de dormirme, míster Colman.

—Es muy importante, al menos para mí. No le molestaría en caso contrario. Escuche, usted creyó en mi historia, ¿verdad?

—¿Se refiere a lo de que es escritor? Sí, por supuesto que sí lo creí. ¿Qué hay con ello? ¿Es para eso por lo que me ha llamado? ¿No lo encuentra usted un poco... infantil, señor Colman?

—No, no es eso. Bien, la historia es un poco larga, pero se la contaré en cuanto tenga un poco de tiempo. Lo que quería saber es si usted podría guardarme algo durante un poco de tiempo.

—¿Algo? ¿Guardar algo? ¿Qué es lo que quiere usted decir? Míster Colman, no lo entiendo, y las cosas que no entiendo...

—Se trata de un sobre. Yo se lo doy y usted me lo guarda hasta que se lo pida de nuevo. Muy sencillo, como ve.

—¿Se trata de un nuevo argumento para novela, míster Colman?

—Había en su voz cierto tono de burla que le enfureció.

—En cierto modo —replicó adustamente—. *Miss Lyonel*, ¿quiere o no quiere hacerme ese favor?

—Está bien —replicó—. Lo haré, siempre que después me diga de qué se trata.

—Lo haré, se lo prometo. Le enviaré ese sobre...

—Ha conseguido despertar mi curiosidad, míster Colman. ¿Por qué no lo trae usted mismo?

—¿Quiere decir que se lo lleve... ahí, a su casa?

—Eso mismo. De esta manera podría contarme lo que ocurre. ¿No lo encuentra algo así como una buena idea?

—Es que... Sí, una magnífica idea.

Naturalmente que lo haría. La perspectiva de volver a ver a *miss Lyonel*, y esta vez en su propio ambiente, dentro de «su» casa, no sólo no le parecía desagradable sino, por el contrario, francamente deseable.

Ni siquiera la situación en que se encontraba le hizo vacilar. No hubiera salido de casa por ningún otro motivo, pero precisamente por «ése»...

Se puso una trinchera y en el momento en que se la abrochaba, lo recordó. Hacía diez años que había recogido, como tantos otros soldados, una pistola a un vietnamita. Se trataba de una pistola rusa, una «ZN» nuevecita. Normalmente se podían guardar esos recuerdos, siempre que no se guardasen las balas al mismo tiempo, pero él había conseguido pasar dos cargadores en forma de media luna, de veinte cartuchos cada uno.

Había olvidado el recuerdo, pero ahora le vino a la memoria. En el fondo de su saco de campaña, junto con el uniforme de teniente de infantería, estaba la pistola.

La cogió, se cercioró de que no se había oxidado y de que

funcionaba y se la echó al bolsillo.

Metió el papel en un sobre, cerró éste y después de dirigir una mirada a uno y otro lado del patio y cerciorarse de que nadie había en él, salió a la calle.

Tuvo suerte. Un taxi desalquilado pasaba en ese momento junto a la puerta. Le hizo señas y el vehículo paró junto al bordillo.

Cuando llegó a casa de Evelyn, oprimió el timbre que había debajo de la tarjeta de la muchacha.

—¿Sí?

—Yo, Colman.

La puerta se abrió. Ascendió los escalones y, en efecto, ella estaba en el umbral de su vivienda.

Cuando entró, cerró tras de sí. La joven llevaba una bata de seda azul que entonaba perfectamente con su rubio cabello y su rojo pijama que asomaba por sobre el cuello de la bata. Y ella sabía perfectamente que entonaba y que estaba irresistible.

El cuarto era pequeño, pero perfectamente dispuesto. Frente al televisor había dos silloncitos muy cómodos. Ella le indicó uno. Miraba su cabello despeinado, las ropas en desorden con curiosidad, pero esperó hasta que Colman habló.

Éste le alargó el sobre.

—Tenga.

Ella le miró y trasladó la mirada de nuevo al hombre.

—Estoy esperando —dijo—. Pero antes, ¿una copa?

—En buena hora —respondió Colman, suspirando.

Le preparó en un momento un alto vaso con dos dedos de *whisky* y un poco de hielo.

—Estoy esperando —repitió.

Colman bebió un trago y comenzó a hablar. Le relató toda la historia en pocas palabras, es decir, las imprescindibles. Comprendía vagamente que si confiaba en ella debía hacerlo plenamente. Le escuchó sin interrumpirle.

—Y... —Acabó Everett—, ¿qué piensa de todo esto?

La respuesta de ella le sorprendió:

—¿Mató usted a ese hombre?

—Palabra de honor que no. Le derribé, pero no le maté. Según los periódicos le acuchillaron y yo no llevaba encima ningún arma. Pero ese papel es importante, de lo contrario no lo estarían

buscando con tantas ganas. Los dos hombres que me asaltaron llevaban mala intención, puedo asegurárselo. Y el que me telefoneó, tampoco parecía estar bromeando.

La joven miró el vaso y viéndolo vacío lo llenó de nuevo. A Colman le sentó perfectamente. Se sentía mucho mejor.

—Quiero que sepa una cosa —dijo—. Si tiene usted miedo de verse complicada en esto, dígamelo. Me llevo el papel de nuevo y se acabó el asunto.

—¿Cree usted que mister Treath está complicado en todo este embrollo? —preguntó.

—No lo sé, pero pudiera ser. Al fin y al cabo, alguien tuvo que avisar a esos hombres de quién era yo. Y Treath no me dijo nada acerca del papel, lo cual habría sido lo natural si no hubiera nada en él sospechoso. Pero se calló. Únicamente me preguntó si estaba todo en la cartera.

Miss Lyonel le sirvió dos nuevos dedos de *whisky*. No era tacaña con su licor.

—¿Piensa acudir a la policía? —preguntó.

—No lo había pensado. Naturalmente, si las cosas se complican, no tendré más remedio que hacer algo. No pienso consentir que me acusen de asesinato. Pero antes quiero enterarme de qué es lo que se cuece debajo mismo de mis narices.

Hizo una pausa.

—Verá, *miss* Lyonel. Soy un novelista, y de pronto me he encontrado metido de lleno en un auténtico problema policiaco. No voy a desaprovecharlo. Usted haría lo mismo en mis circunstancias, ¿no?

—No soy novelista —respondió—. Bien, se lo guardaré.

—¿No podría usted...? Bueno, naturalmente no puedo pedirle que rompa la confianza de su jefe, pero si usted pudiera tratar de enterarse de algo... Usted debe conocer muchas cosas acerca de mister Treath.

Sonrió.

—Ya le dije que no. Y además, no parece muy ético el que yo ande hurgando en los asuntos de mister Treath para contárselos a un desconocido. ¿No es eso?

Estaba muy cerca de él. Colman alargó el brazo y la tomó por la cintura, tratando de aproximarla aún más. Ella se resistió, sin

violencia, pero con firmeza.

—Más despacio —dijo—. Le he dicho que viniera a mi casa para que me contase la historia. No para... otra cosa.

Hasta Colman llegó una oleada de perfume. Algo muy turbador. Algo así como el olor de las madreselvas recién mojadas por la lluvia.

La besó, pero encontró sus labios fríos, aunque no se resistió. La soltó con un juramento.

—Es usted de hielo, Evelyn —le reprochó.

Ella no sonrió.

—Depende. De momento prefiero dejar las cosas así. Y ahora, márchese. Yo tengo que levantarme temprano, y usted no.

Colman comprendió que sus esperanzas de pasar allí la noche no tenían absolutamente ningún fundamento. Y él sabía cuándo no se debe insistir, porque sería inútil el hacerlo.

Se dirigió a la puerta y la abrió.

—Hasta mañana —dijo—. La telefonearé.

—Está bien. Pero no lo haga por la mañana. Tengo mucho trabajo. Mejor por la tarde.

—Por la tarde. No lo olvidaré.

Y ella cerró la puerta detrás de Everett. Éste lanzó un suspiro. Bueno, pensó, aún no se había perdido todo. Y tenía cosas muy importantes en qué ocuparse. Como por ejemplo, llegar a su casa sin tropezar con alguien que quisiera el papel y estuviera dispuesto a romperle la cabeza para conseguirlo.

CAPÍTULO IV

Entró en el patio, abrió la puerta de la casa y se metió en ella. En el momento en que iba a cerrar, algo se interpuso entre la hoja y el quicio.

Echó mano al bolsillo de la trinchera y tocó la culata de la «ZN». No llegó a acabar el movimiento.

—No se mueva, Colman —dijo una voz.

Había ante él dos hombres. Debían haber salido de la parte oscura del patio, aquélla en que no llegaba el resplandor de la única luz que el dueño de la casa permitía allí.

Retrocedió unos pasos y los dos hombres entraron. Vio brillar algo en sus manos, pero no podía verles las caras.

En un momento, Colman barajó varias posibilidades. La primera de ellas era lanzarse al otro extremo de la habitación, sacar la «ZN» y disparar sobre ellos. No estaba dispuesto a dejarse degollar sin oponer resistencia.

Pero no le dieron tiempo. Uno de ellos cerró la puerta y el otro encendió la luz.

—Quieto, Colman, no haga tonterías —dijo este último. Ambos tenían pistolas en la mano y le apuntaban con ellas. Eran dos hombres altos, jóvenes y no le parecieron los mismos que habían intentado asaltarle antes.

—¿Qué quieren? —preguntó.

—Saque la mano del bolsillo. Lentamente.

Lo hizo. Uno de ellos se dirigió a él y mientras el otro seguía cubriéndole, le quitó la «ZN». La miró curiosamente mientras se apartaba.

—Bonito chisme —dijo tranquilamente—. ¿Tiene licencia?

—Es un recuerdo de guerra —respondió Colman. Ahora ya no tenía arma alguna con la que hacerles frente—. No se exige licencia para estas cosas.

El que le había estado apuntando sacó algo de su bolsillo y se lo mostró fugazmente. Parecía una placa de policía.

Colman se sorprendió.

—¿Policías? —preguntó. Era lo último que se le hubiera ocurrido.

—Sí. Del departamento del Attorney. Usted es Everett Colman, ¿no es cierto?

—Sí.

—Está bien, Colman, siéntese.

Lo hizo. Ellos dos permanecieron en pie, mirándole curiosamente.

—¿Por qué le mató? —preguntó el que le enseñara la placa.

—Maté, ¿a quién?

—No se haga el tonto, Colman, ni nos lo haga a nosotros. ¿Por qué le mató?

—No sé ni de lo que me están hablando.

—Mire, no vamos a perder el tiempo. Usted mató un hombre anoche, en Kitt. Queremos saber por qué lo hizo y lo vamos a saber, de eso no le quepa a usted la menor duda.

—Escuchen —dijo Colman con voz paciente—, yo...

—Le digo que no nos haga perder el tiempo, Colman, o le llevaremos a la oficina del Attorney. Allí no hay periodistas y le haremos hablar con algunos métodos nuestros. Ningún abogado va a venir a reclamarnos.

El otro adelantó la cabeza como una serpiente dispuesta a atacar.

—No nos diga que no le mató, Colman, sus huellas digitales estaban allí.

¿Las huellas digitales...? ¿Dónde? ¿Dónde había podido dejar sus huellas?

Su cara debió mostrar la sorpresa. Uno de ellos sonrió ligeramente.

—Todos ustedes se creen muy listos, pero siempre se dejan algo con lo que no contaron —aseguró.

Se acercaron a Colman, siempre apuntándole con sus armas. Sus gestos eran ahora duros, casi crueles.

—Usted dejó caer un papel en el cual quedaron perfectamente marcadas sus huellas dactilares. Seguramente había estado

comiendo antes salchichas, ¿eh? La policía nos dijo que no tenían constancia de usted, pero sí en el Departamento Federal, como todos los veteranos de Asia. ¿O para qué creía usted que les tomaban las huellas dactilares antes de embarcar, eh? Y allí estaban. Everett Colman, de treinta y seis años, exteniente de la Primera de Infantería.

—Y ahora que le hemos dado un discurso —dijo el otro—, ¿por qué mató al hombre? Mire, no queremos ser duros. No nos pagan para ello. Pero somos personas como las demás y no nos gusta que nos tomen el pelo ni que nos hagan perder el tiempo. Es muy tarde, y nos gustaría irnos a dormir como cualquier contribuyente.

Colman comprendió que sólo había una salida.

—Escuchen —dijo—. Yo no lo maté. Si me dejan ustedes hablar...

—Hablará, ya lo creo que hablará. El teniente Sertorius le está esperando en la oficina del Attorney.

—¿Puedo llamar a un abogado?

—Puede, pero después de que lleguemos allí, y siempre que esté dispuesto a colaborar.

El teniente Sertorius era un hombre de unos cuarenta y cinco años, de pelo gris y curiosamente parecido a James Gleason. Le miró con atención durante un rato, mientras Colman parpadeaba a la fuerte luz.

—¿Pretende usted que me crea esa historia, Colman?

—Pues es la verdad —respondió Everett tozudamente. Se lo había relatado todo, incluido el detalle del pagaré amarillo y de lo que había hecho con él—. Tendrán que creerlo porque es la verdad.

—¿Insiste en esa tontería, Colman?

—Insistiré cuanto sea necesario. Es la verdad, inspector.

Miró la hora en el reloj de pulsera.

—Bien, hay unos cuantos datos que vamos a comprobar, aunque ahora es un poco tarde para hacerlo. Son las tres de la mañana y a nosotros, y a todos los contribuyentes, nos gusta dormir en nuestras casas. Mañana a primera hora lo haremos. Mientras tanto le vamos a dar a usted una cama aquí.

—¿No me dejan dormir como los demás contribuyentes? —preguntó Colman.

—No se guasee, amigo.

—No. ¿Estoy detenido?

—De momento, sí. Si quiere, puede usted llamar a un abogado, pero yo no le aconsejaría que lo hiciera a estas horas de la noche. Se ponen un poco furiosos, y a no ser que sean muy amigos suyos, tienden a dejar correr el asunto hasta la mañana. Lo cual es muy normal, porque les gusta dormir...

—... Como a todos los contribuyentes —respondió Colman.

Le miró, pero esta vez había algo ligeramente humorístico en la comisura de sus labios.

—Siga amontonando material para un cuento policiaco, si es que ésa es verdaderamente su profesión.

Colman le hubiera estrangulado. Dudó un momento, pero prefirió seguir su consejo. Llamaría a un abogado por la mañana. Desde luego, todo quedaría aclarado por la mañana.

Al menos, eso esperaba.

Le indicaron un cuarto en el que había una cama y le dejaron encerrado. Se tendió en el camastro y permaneció allí fumando cigarrillos hasta que vio aparecer los primeros resplandores del alba por la ventana.

Entonces se quedó dormido.

Una mano puesta sobre su hombro le despertó. Dio un salto. Se trataba de uno de los hombres que le detuvieron, uno al que Sertorius había llamado Bill.

—Vamos, Colman —dijo—. Tiene que levantarse ya.

Eran las nueve en su reloj. Bostezando y pensando en qué diablos le traería el nuevo día, le siguió hasta el despacho del teniente. Éste estaba telefoneando. Le hizo una seña de que se sentase y continuó con su llamada.

Por las palabras que pronunció, Everett comprendió que estaba hablando con Emerson, su editor. Cuando colgó, el teniente se volvió hacia él.

—En efecto, usted escribe cuentos policiacos —dijo, como si le estuviera acusando de vivir robando carteras o bolsos a las ancianas.

—Ya se lo había dicho. Y si hubiera ojeado algunas de las revistas en que se han publicado...

Sertorius hizo una mueca de asco.

—¿Yo leer alguna cosa de ésas? —preguntó con el mismo tono

que si le hubieran puesto un pescado podrido bajo la nariz—. Bueno, el caso es que hasta ahí la cosa es como usted dice. Ahora veamos este otro asunto.

Hizo una seña y Bill abrió la puerta.

Una mujer entró en el despacho y tras un momento de vacilación taconeó hasta la mesa de Sertorius.

No debía haberse sorprendido, pero el caso es que la sorpresa casi le levantó del asiento.

Porque se trataba de Evelyn Lyonel.

Le dirigió una ligera inclinación de cabeza. Pero ya hablaba el teniente.

—La señorita Lyonel, ¿no es así?

—En efecto.

—Soy el inspector Sertorius, de la oficina del Attorney. ¿Quiere decirme si conoce a ese hombre?

—Sí, señor. Le conocí anteayer.

—Ajá. ¿En qué circunstancias?

—Fue a la empresa donde trabajo. A la oficina de míster Treath, abogado.

—Usted..., ¿salió con él?

—Sí, señor. Ayer por la tarde.

Colman respiró aliviado. Allí estaba la solución de su problema.

—Bien...

Sertorius hizo una pausa.

—¿Le vio usted también anoche? Míster Colman dice que así fue.

Evelyn abrió mucho los ojos y Everett comenzó a sobresaltarse. Aquello principiaba a no gustarle nada.

—¿Anoche? No, señor. Bueno, a menos que diga... quiero decir que me acompaño a casa a las once. Nos despedimos en la puerta.

La voz de Sertorius sonaba casi melosa.

—Vamos a ver... ¿Quiere decir que no le volvió a ver, anoche?

—Desde luego que no, señor.

Colman se puso en pie y una mano pesada se apoyó sobre su hombro.

—Quieto —dijo una voz a su espalda. Era la de Bill.

—Pero... ¡Evelyn, usted me vio anoche en su casa, a las dos! —gritó Colman.

Se volvió hacia él con cara de sorpresa.

—¿A las dos? Vamos, míster Colman, usted está loco... No, desde luego que no. No puede decir eso en serio.

—¿Que no? Pero...

—Un momento —intervino Sertorius—. Vamos a ver si ponemos un poco de orden en todo esto. Míster Colman dice que fue a verla a usted anoche, a eso de las dos y que le entregó un papel. Usted dice que no. ¿Es cierto?

—¡Naturalmente que no! No recibo a nadie en mi casa a esas horas. Y menos a un hombre al que acabo de conocer.

—¡Pero, Evelyn! —dijo Colman pugnando por separarse de la garra del agente—. ¡Usted está...! Bueno, pero es imposible que no recuerde.

Colman se calló. Naturalmente, se estaba portando como un idiota. Muchas mujeres tienen cierta tendencia a negar que un hombre ha ido a verles de madrugada. No impugnan el hecho de que vayan, pero sí el de que se sepa.

—Escuche, Evelyn —dijo, tratando de calmarse—. Se trata de un asunto serio. Se trata de una inculpación de...

—¡Cállese, Colman! —ordenó Sertorius con voz tajante.

Pero él ya estaba lanzado.

—Se trata de la historia que le conté. Me quieren inculpar de asesinato. No puede usted negarse a declarar algo que me favorezca, Evelyn.

Las últimas palabras las dijo con voz persuasiva, lo más persuasiva posible, aunque un poco ahogada, porque Bill había intentado taponarle la boca con su manaza.

Pero las dijo, y el sorprendido fue él mismo.

Porque Evelyn movió la cabeza dulcemente.

—Lo siento, míster Colman. No sé qué es lo que quiere usted decir con eso... No recuerdo que me haya dicho nada acerca de un asesinato. Yo... Escuche, teniente, esto es muy violento para mí, pero no puedo sino ratificar lo que ya dije. Vi a míster Colman por la tarde y le dejé hacia las once. Eso es todo. Y puede usted creerme que no me habló de ningún papel ni mucho menos de un asesinato.

Se volvió hacia Colman con triste expresión. Muy triste, pensó Colman, entornando los ojos. Tan triste que estaba gritando a todo el mundo su falsedad, sólo que de todo el mundo el único en darse

cuenta de ello era él. Veía las caras de los policías, fijas a pares en las fabulosas piernas de la muchacha. Los hombres, pensó con amargura, se muestran siempre más prontos a creer a unos bellos ojos que a un tipo, por sincero que éste sea.

—Lo siento mucho, míster Colman —dijo ella—. Pero no puedo mentir a la policía, ¿no es así?

¡La grandísima embustera y farsante y...!

Salió. Sertorius se volvió hacia Colman.

—Bien, Colman, me parece que vamos a tener que revisar esas declaraciones.

—Pero... si le he dicho la verdad, teniente. Yo no tenía ningún motivo para matar a ese hombre. Le di un golpe y cayó hacia atrás, pero le aseguro que yo no le apuñalé... Es completamente absurdo.

—Me parece que va a tener que llamar a un buen abogado, Colman. Pero, de momento, repita la historia. Así que un hombrecillo con lentes, del cual no conoce ni nombre ni nada...

Y la repitió. Lo mismo que hubiera hecho cualquiera en su caso. Repitió la historia otras dos veces.

Por fin, Sertorius se reclinó en su sillón.

—Mientras usted declaraba, hemos consultado con míster Treath. En efecto, asegura que usted le devolvió la cartera que había perdido, pero asegura también que dentro estaban todos los documentos que perdió. No nos ha dicho nada en absoluto de un pagaré, y cuando le hicimos una insinuación, lo negó.

Hizo una pausa.

—Colman, métase esto en la cabeza. No existe pagaré alguno.

Para ese momento, Colman estaba ya alcanzando el grado de ebullición.

—¡Registren el departamento de esa zorra que ha estado aquí! —dijo con los labios remangados—. Háganlo. Presiónenla, y... verán como digo la verdad. Es lo único que puedo sugerirles si se ponen a no creerme, si están decididos a no creerme porque yo no tengo unas rodillas estupendas y ella sí.

—Escuche, Colman, no quiera que le sobemos un poco —dijo Bill.

—Calma, Bill, calma —dijo Sertorius—. Es comprensible que un tipo acorralado comience a ensalivar a los que le acusan. Es su única defensa.

Se volvió hacia Colman.

—A usted no le vio nadie en las cercanías de la casa de *miss* Lyonel.

—No, claro, ni a usted le vieron en las cercanías de la suya. ¿Quiere eso decir que engaña a su mujer, teniente?

—¡Cállese! Cállese o le dejo a Bill con las manos sueltas.

—Bueno, pregunten entonces al policía de facción. Le encontré cuando me asaltaron, o sea, un poco antes de ir a casa de *miss* Lyonel. Por lo menos estoy seguro de que me miró, pero, por supuesto, comienzo también a creer que los policías, como representantes de la justicia, son ciegos.

Sertorius parecía estar almacenando paciencia.

—Lo hemos comprobado, ¿qué cree que somos? El policía vio a un hombre parado en una esquina, junto al hospital, pero también había visto a mucha gente antes. Tampoco vio a los dos tipos que dice usted que le asaltaron. Bien, Colman, ¿qué me dice usted de todo esto?

¿Qué iba a decir Colman? El círculo parecía ir cerrándose poco a poco.

Lo dijo.

Y también:

—Está bien, llamaré a un abogado. Estoy viendo que me va a hacer falta.

—No lo sabe usted bien —dijo Bill.

—Ni usted tampoco —fue la respuesta de Colman. Una cosa era que le tuvieran acorralado y otra que no se defendiera—. Ni usted tampoco para cuando salga de esto.

—Si sale.

—Supongo que alguna vez saldré.

Sertorius le miró con una semisonrisa.

—Bien, y ahora voy a comenzar yo. No podemos registrar el departamento de *miss* Lyonel y no podemos dudar de la palabra de un abogado tan importante como míster Treath, pero sí que podemos hacer una cosa.

—¿Qué cosa...? —preguntó Colman, encogiéndose de hombros. Esperaba cualquier cosa, incluso ver salir una pareja de pichones blancos de la manga de Bill.

—Dejarlo en libertad, por supuesto —dijo.

Y Colman se le quedó mirando con la boca abierta.

CAPÍTULO V

Decir que se sorprendió hubiera decir tanto como nada. Simplemente, casi se cayó de la silla.

—¿Quiere decir que...?

—Quiero decir dejarlo en libertad. Cuando digo «dejarlo en libertad» quiero decir dejarlo en libertad, simplemente. Creo que hablo en el inglés de Shakespeare.

Colman alzó la mano en el aire.

—Bueno, un momento, déjeme que digiera esto. Ustedes, los de la oficina del fiscal, me dejan en libertad, tras de haberme tenido...

—Sí, es una posibilidad, Colman.

—Luego eso quiere decir que usted cree en mis palabras. Desmiéntame si ando equivocado, teniente.

—Por supuesto, no anda del todo descaminado. Digamos que creemos... el cincuenta por ciento.

Hizo una pausa.

—Colman, durante este tiempo hemos investigado cuidadosamente su vida... ¡Hum! No son malos del todo.

—Claro que no —respondió Colman—. Excepto por el hecho de haber insultado a un agente literario y a un par de editores...

—No son malos del todo, repito, a excepción de algunos de sus cuentos, según me informan.

Pasó por alto el insulto, de tal manera estaba interesado en lo que había de venir.

—Ello —siguió Sertorius— me da idea de que quizá no haya faltado usted del todo a la verdad.

Aquel hombre no parecía poder hablar de una manera categórica.

—He dicho toda la verdad, teniente.

—Continúo; le dejo en libertad con la condición... Porque hay una condición, claro.

—Bueno, ya me imaginaba que no todo podía ser un bello sueño, teniente. ¿Cuáles son las condiciones?

—Una sola.

Una sospecha comenzó a formarse en el cerebro de Colman.

—Espere un momento, teniente. Como no soy tan tonto que vaya a pensar que usted me va a poner la condición de ser buenecito de ahora en adelante, y sólo esa condición, supongo que tiene usted un gato encerrado en alguna parte.

Asintió.

—Está tratando de utilizarme, ¿no, teniente?

Asintió de nuevo.

—Así es, Colman. Ya sé que eso está muy mal hecho, pero... la verdad del policía y sobre todo la de los policías adscritos a la oficina del fiscal del distrito, es dura y llena de espinas. Tenemos que agarrarnos muchas veces a lo que podemos, y lo que podemos en este caso es... usted.

Le miró sonriendo. O casi sonriendo.

—De todas formas, ello debería alegrar a un hombre que, como usted, idealiza a los detectives aficionados, los cuales ganan siempre a la policía por varias cabezas de ventaja. En realidad se podría decir que le estamos dando la ocasión de convertirse en uno de esos detectives aficionados dotados de un cerebro de diez kilogramos de peso y de músculos hercúleos.

Colman comenzó a pensar que para no haber leído «ninguna de aquellas tonterías», el teniente estaba sospechosamente bien informado acerca de la naturaleza y desarrollo de los cuentos policiacos.

—¿Qué es ello? —inquirió.

Se imaginaba que ningún policía hace un trato con un semisospchoso, si no es para extraerle el mayor jugo posible o hacerle servir de cimbel.

Se estaba equivocando, simplemente.

—Marcharse a su casa y esperar.

—¿Nada más? —preguntó, estupefacto.

—Nada más.

—Pero para eso...

—Nada más, Colman, nada más por el momento. Y si no está conforme en hacer eso, no tiene más que llamar a un abogado a ver

si puede sacarle del lío en que se ha metido. Les acusaremos de asesinato en primer grado, con agravante de robo, nocturnidad, y todo lo que sea necesario. Si después de ello logra librar el cuello de la soga será por un verdadero milagro.

Colman tragó saliva.

—No está hablando en serio, supongo.

—Completamente en serio.

Parecía que sí.

—Bien, en ese caso... Pero creo que podría ayudarles mejor si me dijese qué es lo que...

—Nada más que eso. Usted váyase a casa.

Colman preguntó:

—Y..., ¿he de seguir haciendo mi vida normal?

—Exacto.

No lo entendía, pero al menos, era una forma de salir de allí.

—¿Ahora mismo, teniente?

—Ahora mismo.

El novelista despertó en él. Se puso en pie, no sabiendo a ciencia cierta si debía tenderle o no la mano al teniente Sertorius, pero como el otro no hizo ningún movimiento, saludó, agitando la suya en el aire.

Salíó del despacho, acompañado por el agente Bill, que sonreía.

—Bueno, nos veremos —le dijo éste.

—Si no puedo evitarlo —respondió Colman—. Ya sabe, elijo mis amistades.

—Mire, usted no me va a tratar de pinchar, porque puedo...

—¿Después de lo que ha dicho el teniente, Bill?

—Lárguese.

Aquello parecía ser el final. Respiró hondamente, luego de las horas pasadas en aquellos despachos que olían a humo caliente y frío, a pies y a sobacos.

Se dirigió a su casa. Sé dio un buen baño, se afeitó y se preparó un *whisky* de una botella que había comprado en el camino.

—Bien, Everett Colman —dijo en voz alta—. Y ahora, ¿qué?

Se contestó a sí mismo inmediatamente.

Cogió el teléfono y marcó el número de Evelyn Lyonel. Nadie tomó el aparato, pese a que permaneció casi cinco minutos oyendo el monótono zumbir de la sonería.

Se bebió el *whisky*.

Y comenzó a pensar.

¿Quién era el muerto y por qué le habían matado? ¿Por qué tenía en los bolsillos una cartera que no era la suya y por qué un hombre que tampoco era el dueño de la cartera quería apoderarse de un papel que había en ésta? ¿Por qué?

¿Por qué había mentido la empleada de míster Treath, del hombre que no había reclamado el papel, pese a que era casi seguro que esperaba encontrarlo en la cartera devuelta? ¿Por qué?

Si continuaba así se iba a volver loco, y no quería volverse loco, sino aclarar el asunto.

Por de pronto, allí había materia para un cuento policiaco. Le demostraría al editor que... A propósito, ¿se habría extrañado de que le llamase la policía para hacerle preguntas sobre su escritor?

Llamó por teléfono y pidió por míster Emerson. Un momento después, éste se puso al aparato.

—Soy Colman, Emerson —dijo—. Creo que la policía ha estado haciendo algunas preguntas sobre mí.

—Claro que sí, Ev —respondió gritando—. Y oiga, haga el favor de no meternos en líos, Ev. No queremos nada con la policía.

—Se trata de un asunto en el cual hay un buen argumento —respondió Colman—. Les voy a servir a ustedes algo sensacional, y sacado de la más viva de las realidades. Bueno, Emerson, si no lo quieren, siempre le puedo decir a mi agente que se lo ofrezca a «Adventures».

—Tranquilícese, Ev, y dígame de qué se trata.

—No lo haré hasta que no le haya dado forma definitiva. Pero esta vez tendrán que pagarla mejor.

—¿No puede adelantarme de qué demonios se trata, Ev?

—No.

—Bueno, si es así... Ya sabe nuestra tarifa, Ev. Tres centavos palabra.

—Cuatro. Esta vez tendrá que pagarme cuatro.

—Pero Ev, sea razonable. Usted no lo tiene escrito aún y ya está exigiendo. Dígale a Marsh que se ponga de acuerdo con nosotros tan pronto como lo tenga usted escrito y...

—Mi agente pedirá cuatro centavos, Emerson.

—Escríballo, Ev, y hablaremos.

Colgó y se frotó las manos. Míster Sertorius le había dicho que hiciera su vida normal, ¿no? Bien, pues hasta tanto localizase a la perjura zorrita de *miss* Lyonel, su vida normal era escribir.

Se puso ante la máquina y comenzó el cuento.

Exactamente tal y conforme habían sucedido las cosas. Por el momento, lo principal era ponerlo tal y cómo había sucedido...

Trabajó toda la tarde, y a la puesta del sol salió a comprar el periódico. Al atravesar el patio lanzó una mirada a su alrededor, pensando en si los policías de Sertorius habían podido ocultarse allí, lo mismo podrían hacer los tipos que le habían asaltado antes. Pero no había nadie.

Compró el periódico y volvió a su casa. Cerró la puerta, y se preparó un *whisky* y echó una mirada al diario.

Casi se le cayó de las manos.

«La policía sigue una importante pista en el asunto del asesinato de la calle Kitt. Un hombre, un testigo cuyo nombre no ha sido revelado, ha hecho importantes declaraciones a la policía. Ésta no ha efectuado aún ninguna detención, pero se espera que de las declaraciones de dicho testigo surjan los datos suficientes como para efectuar un arresto».

Y otra un poco más abajo:

«Muy importante. A la hora de cerrar este diario, la policía comunica que de las declaraciones del testigo antes citado se desprende que éste vio al asesino de la víctima, cuya filiación ha sido por fin revelada a la Prensa. Se trata de Ernest Murdock, acusado en varias ocasiones de tenencia ilícita de armas y de robo. Estas acusaciones encubrían, evidentemente, que Murdock era un pistolero, pero ignoramos aún al servicio de quién.

»¿Se trata de un ajuste de cuentas? Mantendremos informados a nuestros lectores a medida que se vayan conociendo más datos, ya que la policía se muestra muy reticente en facilitar detalles».

Seguían frases de doble sentido y de ninguna claridad.

Pero una cosa parecía cierta para Colman; el teniente Sertorius había dicho a los periodistas lo que a él le parecía bien. Y el misterioso testigo no podía ser otro sino él: Colman. ¿O, en efecto, había alguno? Le pareció de lo más improbable.

En el momento en que se servía el segundo *whisky* el teléfono comenzó a sonar.

Lo cogió, preguntándose qué diablos iba a venir ahora. La voz baja, susurrante, llegó de nuevo a sus oídos.

—¿Míster Colman? He estado tratando de localizarle, pero nadie cogió su teléfono. He llamado varias veces.

—¿Sí? —preguntó sin comprometerse.

—Sí, y es muy importante. ¿Por qué no hizo lo que le dije?

—Porque no me pareció bien, simplemente. No admito órdenes de nadie.

—Míster Colman, quisiera decirle una cosa. Usted no sabe la clase de fuego con que está jugando. Si no obedece inmediatamente, me pondré en contacto con la policía, y...

¿Por qué diablos no iba él, Colman, a marcarse un farol?

—Hágalo —respondió con indiferencia perfectamente fingida—. Me tiene sin cuidado. ¿Ha leído usted la Prensa de la noche?

—No —afirmó.

Pero Colman comprendió que mentía.

—Pues léala.

—Míster Colman, tiene usted que entregarme ese papel.

—No lo tengo. Y aunque lo tuviese, no lo entregaría por diez dólares. Llame a la policía. Será lo mejor para usted.

Colman notó auténtica ansiedad en su tono.

—¿Por diez dólares no? ¿Por... cuánto? Suponiendo que quiera entrar en tratos con usted y no denunciarle a la policía.

—No me amenace más con la policía. Me aburre. Veámonos y yo le diré por cuánto le daría ese papel.

Se estaba metiendo en un nuevo lío y lo sabía.

No tenía el papel. Podía concertar una entrevista con el hombrecito de los lentes, pero ¿de qué le serviría? Sertorius le había dicho que se quedase tranquilo. Suponiendo que él le proporcionaba al teniente alguna pista... ¿se lo agradecería o le metería en un calabozo por desobediente y acusado quizá de asesinato de nuevo?

El hombrecito no debía saber nada de su visita forzada a la policía, porque de lo contrario no le amenazaría con ésta. Podía jugar su baza.

—¿Qué decide? —preguntó Colman.

—Está bien —respondió el otro como a la fuerza—. Nos podemos ver en Nottings Hights esta noche, a las doce. Venga con el papel. Hay una taberna en Fredericks...

Colman conocía a Fredericks y no era una calle, sino un auténtico callejón sin salida. No se iba a meter allí.

—Ni hablar de eso, amigo. No sólo no llevaré el papel, sino que tampoco iré allí. Quiero que nos veamos en un lugar un poco menos solitario, ¿comprende? No quiero trampas.

—Pero...

—Nos veremos en el bar de Stampa, en Magruder, dentro de una hora, o no nos veremos en ningún sitio.

Y no se ande jugando, amigo. Hay quien me daría por el papel bastante más de lo que usted está dispuesto a ofrecer. ¿Me ha entendido?

Colman había disparado al azar pero comprendió, al oír de nuevo la voz del otro, que había dado en el blanco. La voz revelaba ansiedad y rabia.

—No sabe en qué lío se puede meter, Colman. Devuélvame el papel y...

—En primer lugar, no le pertenece a usted. En segundo lugar, he dicho ya todo lo que tenía que decir. En Stampa, dentro de una hora. No falte, ni tarde.

Colgó el teléfono, preguntándose qué diría Sertorius si se enterase de lo que estaba haciendo. Probablemente, palabrotas, juramentos y obscenidades.

Llamó de nuevo a casa de *miss* Lyonel, pero de nuevo el teléfono sonó sin que nadie lo cogiera. ¿Dónde diablos se habría metido la chica?

Media hora antes de la cita, se puso la trinchera y salió. Madruger es una calle que comienza en Proctor y en la que casi todo son bares. Siempre está muy concurrida.

Se situó en un bar, frente al de Stampa y esperó acompañado de un «rye» doble.

A las diez en punto vio cómo el hombrecito de los lentes cruzaba

la calle dirigiéndose hacia el bar de Stampa.

Colman miró a todas partes, pero el hombrecito parecía venir solo. No pudo ver a nadie interesado en él. Eso era lo que Colman esperaba.

Cuando el otro entró en Stampa, Colman cruzó la calle a su vez. El hombrecito se había colocado en un lado del mostrador y no había nadie cerca. Volvía la cabeza a un lado y otro, como si estuviera preocupado.

Everett se colocó tras de él y dijo:

—Hola.

Se volvió.

—No puedo perder tiempo —dijo nerviosamente—. ¿Qué es lo que quiere usted?

—Dinero, naturalmente. Y pienso que será usted quien me lo dé.

—¿Dónde tiene usted el papel? ¿Lo ha traído?

—No soy tan idiota. Lo tengo en lugar seguro, naturalmente.

El otro le miraba fijamente.

—¿Cuánto pide? No es que piense pagar mucho, naturalmente, pero...

—¿Cuánto estaría dispuesto a dar?

—Yo..., digamos veinticinco dólares.

Colman se echó a reír. El camarero se acercó a ellos y él pidió un *whisky*. El hombrecito movió la cabeza negativamente, pero luego lo pensó mejor y pidió cerveza. Un hombre que no bebe en un bar llama más la atención sobre sí mismo que si llevara una luz roja sobre la cabeza. Y él no debía querer llamar la atención.

—Es usted un bromista o un tonto. ¿Veinticinco dólares por una cosa de tanto valor como ésa? Vamos, baje a la tierra, hermano.

—Eso no tiene ningún valor para usted —dijo.

—Pero sí para usted.

—Bueno, ¿cuánto?

—Digamos..., mil pavos.

—¡Usted está completamente loco!

—Pues no hay papel.

Detrás de los lentes, sus ojos brillaban furiosamente.

—Le daré cien dólares, ni uno más.

—Mil.

—Pero... le diré a la policía que usted...

—Hágalo. Yo les diré otras cosas. Pague mil dólares.

Evidentemente, vacilaba. Luego, una mirada astuta apareció en sus ojos.

—Digamos que estuviese dispuesto a pagarlos. ¿Cuándo me entregaría usted ese papel?

—Tan pronto como tuviese el dinero en la mano.

—No lo llevo encima.

—Vaya a buscarlo. Eso tiene fácil arreglo.

—¿Dónde..., dónde quiere que se lo entregue?

Había sucedido demasiado fácilmente. Una bombilla roja de peligro se encendió dentro de la cabeza de Colman.

—Yo le indicaré el lugar.

—Hagamos una cosa. Llevo quinientos dólares encima. Se los doy por el papel. No puedo hacer otra cosa.

Colman pensó durante unos instantes y pareció vacilar. Al fin y al cabo no le podía dar una cosa que no tenía.

—Vamos —dijo.

Salimos del Stampa, y en la calle, Colman miró a su alrededor. No parecía haber nadie sospechoso.

—¿Dónde vamos? —preguntó recelosamente.

Colman pensó rápidamente. ¿Cómo había sabido el hombrecillo su dirección para buscar el teléfono?

—¿Cómo supo dónde vivía yo?

De nuevo aquella astuta mirada apareció en los ojillos del hombre.

—Eso importa poco.

¿Poco? A Colman le importaba mucho, porque su casa se había convertido en un *camping* bien abarrotado. Todo el mundo parecía poder ir a ella, y él no se encontraba seguro allí. Pensó rápidamente si no convendría cambiar de residencia, por lo menos hasta que se aclarase el asunto.

Step O'Leary, cuando se fue a Hollywood atraído por el canto de sirena del cine, le había dejado las llaves de su casa, para que «le echase un vistazo», de vez en cuando. Se mudaría a ella y no tardando mucho.

—Vamos a mi casa —dijo.

No pareció encontrar mala la idea. Le hizo señas a un taxi y entraron en él. Media hora, más tarde abría la puerta del cuarto.

El hombrecillo de los lentes montados al aire miró curiosamente a su alrededor y luego se volvió a Colman.

—No tengo mucho tiempo —dijo—. Tengo aquí el dinero, y...

—Un momento —respondió Everett.

CAPÍTULO VI

El hombrecillo le miró asombrado.

Colman alargó la mano hacia él y antes de que pudiera reaccionar, le cacheó. No llevaba armas.

—Ahora —dijo Colman—, vamos a hablar. ¿Quién mató a aquel hombre?

Lanzó una mirada oblicua, como buscando un resquicio para escapar.

—No lo sé. Usted...

—Yo no fui. No hice más que golpearle. Pero usted parecía estar muy interesado en él y se peleó con él. Yo lo vi. Y ahora me va a decir quién le mató, y por qué quiere usted ese papel.

—No puede usted...

—Claro que puedo. Soy mucho más fuerte que usted, así que va a hablar. Ahora mismo.

Colman le cogió por las solapas y le sacudió casi en el aire. Sus ojos se desorbitaron de temor y de furia.

—¡Suélteme!

—Hable. Vamos, estoy esperando a que hable.

—¡Usted es un...!

Colman le levantó en vilo. El hombrecillo le había metido en un lío y estaba furioso contra él. Le dio un bofetón y al otro se le cayeron los dientes. Llevaba dentadura postiza.

—¡Bruto! —dijo, agachándose para recogerla.

—Hable. Hable o siga dándole. ¿Por qué quiere usted ese papel?

—Eso... Eso es cosa mía.

Colman alzó la mano en el aire.

—Espere... ¡Espere, bruto! Le daré los mil dólares que pide...

—Ahora quiero saber a quién le interesa tanto ese papel. ¿Cómo se llama usted?

—Marshall.

—¿Por qué quiere el papel? Es un sencillo pagaré y ni siquiera está a su nombre.

Se colocó mejor los lentes y contempló a Colman. Parecía dudoso, pero al fin se decidió.

—Hay un hombre, un hombre que le pagará a usted lo que quiera por ese papel.

—Eso quiere decir que se lo pagará a usted. Y que usted piensa quedarse con la diferencia. ¿Quién es usted?

—Yo... Yo me ocupo en apuestas.

—¿De qué clase?

—Toda clase de apuestas. Caballos, boxeo, todo. Vamos a hacer un trato, Colman. Usted me da ese papel y yo le doy dos mil dólares. Creo que es pagar bien, muy bien.

—¿Qué relación tiene usted con míster Treath?

La misma expresión de temor apareció en sus ojos.

—¿Yo? No le conozco.

—Está mintiendo. Es a él a quien le interesa el papel, ¿verdad? ¿Por qué el muerto tenía una cartera que pertenecía Treath?

—Yo no lo sé...

—Sí que lo sabe. O me lo dice o...

Estaba asustado, pero no habló. Colman le volvió a golpear, no demasiado fuerte, porque era muy inferior a él en fuerza y resistencia, pero siguió mudo. Lo único que consiguió fue que subiera la oferta a dos mil quinientos dólares.

Por fin, viendo que no conseguía nada, le dejó. Dijo que al día siguiente tendría el dinero, y desde luego, ya no volvió a nombrar a la policía. Colman no podía hacer otra cosa que dejarle ir.

En cuanto se marchó, Colman cogió las cosas más necesarias en un maletín y lo dejó preparado. Salió y se dirigió a la casa de *miss* Lyonel. Se preponía tener unas palabritas con ella.

Cuando llegó, oprimió el timbre del portero automático. No le abrieron. Se asomó y vio desde la calle que no había luz, a menos que se pudiese ver, en las ventanas que correspondían al cuarto de la muchacha.

Se detuvo un momento, irresoluto. Y en ese instante vio que se acercaba un coche.

Se deslizó hasta las sombras de la verja que separaba la calle de las escaleras de los bajos y vio cómo del coche descendía la persona

que tanto interés tenía en ver.

El coche era un taxi, que se alejó al momento. Ella corrió al portal y Colman detrás de ella. Cuando la muchacha llegaba a su piso, oyó los pasos del hombre pese a que éste procuró hacerlos lo más silenciosos posible.

Se volvió y vio a Colman.

Se sobresaltó, pero no parecía asustada.

—Hola, golfa —dijo Colman.

—Yo... me iba a acostar —dijo.

—Después. Ahora vamos a hablar un ratito.

Abrió la puerta y se detuvo irresoluta. Colman la empujó y cerró detrás de ambos.

Ella le miraba con sus grandes ojos color violeta. Tragó saliva.

—No comience a preguntarme lo que quiero, porque lo sabe de sobra. Venga el papelito.

—Yo... Bueno, el caso es que no lo tengo.

—¿No? ¿Qué ha hecho con él?

La furia de Colman, que hasta entonces había tratado de controlar, estalló violentamente.

—De manera que no lo tiene, ¿eh? ¿No le basta con haberme dejado en una situación como ésa? ¿En manos de la policía y sin nada a qué agarrarme para defenderme de ella? ¿Qué diablos es lo que intenta usted negando que yo le conté la historia y le di el papel? ¿Qué es lo que ha hecho de él? ¿A quién se lo ha entregado? Hable o comienzo a mover las manos. Y no le va a gustar lo que voy a hacer.

Ella esperó a que Colman terminase. Entonces dijo algo completamente imprevisto:

—¿Quiere una copa, Everett?

—¡Váyase al...! No, venga la copa. Y explíqueme de una vez todo o...

Le sirvió una vaso y Colman se lo bebió de un trago. Ella se sirvió otra y la tomó algo más lentamente.

—Necesitaba ese papel, Everett —dijo.

—¿Por qué?

—Déjeme hablar. Acabaremos antes. En primer lugar, siento lo que me vi obligada a hacer en la oficina de los policías. Pero no tenía... No tenía más remedio que hacerlo. Necesitaba ese papel,

como le digo.

Hizo una pausa. Colman rugió:

—Vamos, ¿para qué? El papel no era de usted. ¿Qué interés podía tener en él?

—Muy sencillo. Supe que míster Treath tenía mucho interés en él. Apenas se marchó usted le oí hablar por teléfono con alguien, al que dijo que lo necesitaba a toda costa. Le dijo que debía conseguirlo de usted fuese cómo fuera.

—¿No sabe con quién habló?

—No, no lo sé, se lo aseguro, Everett. Solamente lo que le acabo de decir. No olvidé el asunto y cuando salí por la tarde con usted, pensaba siempre en el papel.

De manera que era eso... No habían sido sus correctas facciones, ni sus seis pies lo que la llevaron a acompañarlo. La vanidad de Colman se resintió, pero estaba demasiado interesado en la historia para preocuparse de eso ahora.

—Pensaba... Bueno, espero que no se enfade usted demasiado. Pensaba arreglármelas para saber si usted lo tenía o no... Luego, por la noche, cuando usted vino y me lo entregó..., comprendí que mi ocasión había llegado.

—¿Qué es lo que quería usted? —preguntó Colman, malhumorado—. ¿Casarse con Treath si lo conseguía y se lo entregaba?

Bajó los ojos.

—No, esperaba más dinero.

—¿No las rodillas de Treath?

—No, más dinero le digo.

Era tonto preguntarle para qué quería más dinero. A nadie se le hace una pregunta tan estúpida. Todos lo queremos. El gran motor.

—Pero —objetó Colman—, cuando vio que la policía también estaba interesada en el asunto, tan interesada como para meterme entre rejas, ¿no comprendió que estaba yendo demasiado lejos?

—Sí, pero una vez que había negado... ¿Qué podía hacer?

Colman se revistió de paciencia.

—¿Qué es lo que se imagina usted que representa ese papel?

—No lo sé bien —respondió, mirándole con los ojos ligeramente entornados. Al hombre le pareció que estaba diciendo la verdad—. Pero a Treath le interesaba mucho.

—Usted ha abierto el sobre que yo le entregué.

—Sí, quería saber si estaba dentro lo que le interesaba.

—En fin, como si fuese suyo, ¿eh? Pues soy yo quien estuvo a punto de verse entre rejas por causa del dichoso pagaré.

—Pagaré... —dijo ella pensativamente.

—Pagaré... —repitió Colman. Se miraron directamente a los ojos.

—¿Qué le dijo Treath cuando usted le avisó de que lo tenía?

—Oh, no lo hice así. Le dije únicamente que sabía dónde podría encontrarse el documento en un caso de apuro, pero que ello costaría dinero.

—¿Y él qué respondió?

—Que no me preocupase por eso. Que él me respaldaría con la cantidad que fuera necesaria.

—¿No se mostró sorprendido de que usted pudiera llegar a tener acceso al documento?

—No... No mucho. Me miraba de una manera rara, como si me viera por primera vez, pero no hizo ningún comentario. Debía figurarse que usted y yo... Bien, que yo podría obtener de usted lo que quisiera. Digo que eso es probablemente lo que él se imaginó.

—Ya —respondió Colman—. Y en realidad, yo me dejé coger en la trampa.

—Escuche, Everett —dijo ella de pronto—. Si manejamos bien nuestras bazas podríamos sacar algún dinero, quizá bastante por ese papel. Lo repartiríamos. No volveré a tratar de jugarlas yo sola. Le doy mi palabra.

Colman estaba pensando rápidamente.

—¿Dónde lo tiene? —preguntó—. Eso es lo primero que tenemos que poner en claro.

—Yo... si se lo doy, ¿quién me garantiza que usted no tratará de llevar sólo el asunto?

—Es que es mío... —comenzó Colman, pero se dio cuenta de que aquello no era verdad y ella lo sabía. Resolvió atacar en otro frente—. Se trata de que la policía lo quiere. Está muy interesada en él. Me meterán en la cárcel si no...

—Pero ellos lo han soltado, ¿no? Por lo tanto, no les debe importar demasiado.

—Ellos —respondió Colman lentamente— tienen su propio

juego aun cuando yo no sepa con exactitud cuál es. No me han soltado porque sí, sino por algún motivo que no se me alcanza aún. Pero, de momento, deme usted el documento.

—Lo he guardado —respondió Evelyn, desafiante.

—Bueno, dígame dónde lo ha guardado.

—¿Por qué no acepta lo que le propongo? Treath pagará bien por él. ¿Por qué no beneficiarnos los dos?

—Un pagaré... ¿Tiene usted noticias de que Treath se haya metido en algún negocio sucio alguna vez?

—No lo sé. Sé sí que ha defendido a mucha gente, aun estando seguro de que eran culpables. Quizá ahí esté el motivo de todo.

—La cartera de Treath estaba en poder del muerto —dijo Colman, más para sí mismo que para ella—. Eso quiere decir que quizá se la robaron porque también pensaban obtener ese papel. En realidad, parecía ser lo único que les interesaba.

Le contó las gestiones de Marshall para conseguir el pagaré. Abrió mucho los ojos.

—¿Cómo es ese Marshall? —preguntó ella.

Colman se lo describió lo más minuciosamente posible. Evelyn estaba pensativa.

—He visto a ese hombre varias veces en el despacho de míster Treath. Pero su nombre no era Marshall, sino Trattone. Debe ser el mismo, no obstante.

—¿Trabajaba para Treath?

—No lo sé muy bien. Quizá sí. Cuando iba a ver a míster Treath, éste me hacía salir del despacho. Y nunca pude oír nada de lo que dijeron.

Hubo un instante de silencio.

—Bien —dijo Colman significativamente—. El papel, Evelyn.

—¿No acepta lo que le propongo?

—Es posible, pero una vez que tenga yo el papel en mi poder de nuevo.

—Usted —dijo ella lentamente—, en cuanto lo tenga lo entregará a la policía. Eso es lo que hará, y entonces podremos despedirnos del dinero que podríamos sacar por él.

—Es mi cuello el que está a dos pasos de la cuerda. El teniente me amenazó con hacerme procesar. No tengo ganas de verme juzgado por asesinato.

—¿No puede esperar a mañana? Yo hablaré con Treath y a la vista de lo que él me diga podríamos decidir lo que hacemos.

—¿Qué pretende? —preguntó Colman duramente—. ¿Escaparse de nuevo? No pienso consentirlo. Démelo.

Se encogió de hombros tristemente. Se dirigió al mueble bar, cogió una botella a media de *whisky* y traspasó ésta a otra vacía. Un tubito de cristal, del mismo color que el bourbón quedó en el fondo. Lo pescó agitando la botella boca abajo. Luego le tendió el tubo. Dentro de él y una vez que Colman lo abrió, apareció el papel amarillo.

—Muy ingenioso —dijo el hombre, admirado y pensando ya que podría utilizar el truco en algún cuento. Se guardó el papel y se volvió hacia ella.

—Procuraré no entregarlo a la policía hasta que usted me dé noticias de Treath. Si hay alguna manera de compaginar sus intereses y los míos..., lo haremos.

Ella sonrió, resignada.

—Bueno —dijo—. Si no quiere cambiar de opinión...

—No puedo. De todas maneras, su truco me ha dado una idea. Lo utilizaré yo también.

Estaba tan cerca de él y le había hecho pasar tan malos ratos, que se sintió en cierto modo inclinado a hacérselo purgar.

La cogió, y pese a su resistencia la besó en la boca. Bueno, la resistencia no duró mucho, ésta fue la verdad. Un momento después, ella, le echó los brazos al cuello y correspondió con sabiduría.

Cuando se despegaron, Colman dijo:

—¿Quieres que me quede? ¿No temes que Treath o algún otro pueda...?

—No —respondió—. Márchate.

Volvió a besarle, apretando contra él su cuerpo elástico y firme al tiempo. Eso no aumentó los deseos de Colman de atravesar la puerta para salir, evidentemente, pero después de haberle excitado, ella le empujó firme, aunque suavemente, hasta la entrada.

—Te llamaré mañana —dijo.

—Espera. Me he mudado provisionalmente. No quiero que de pronto aparezca alguien en mi casa sin ser invitado y... Bueno, el caso es que me he mudado. Éste es el número de teléfono de mi

nueva dirección.

Se lo apuntó en un trozo de papel. Ella le miró y sonrió.

—Hasta mañana, compañero.

—¿De veras no quieres que me quede?

—No —algo brilló en los ojos de la muchacha—. Tal vez, si me hubieses dejado el papel...

Colman estuvo tentado de entregárselo de nuevo. El premio, si lo había, lo valdría, desde luego, pero luego pensó en su cuello o en sí mismo vestido de gris y con un número en el pecho, y decidió que no hay mujer que lo valga.

Se despidió con un beso que estuvo a punto de hacerle retroceder, y se marchó definitivamente.

CAPÍTULO VII

Colman se dirigió a su casa para recoger el maletín que se había preparado y atravesó el patio con el cuidado con que se había acostumbrado a hacerlo desde días antes.

El solitario farol alumbraba su porción de espacio, como de costumbre. Antes de meter la llave en la puerta, algo detuvo su mano. Ningún agente externo. Era una irresolución que partía de él mismo.

—Bueno —se dijo—. No seas estúpido. Vamos, es cuestión de un momento.

Abrió y se detuvo asombrado.

Alguien había estado haciendo juegos malabares con sus cosas, pero no debía ser muy ducho en ello, porque se le habían caído. No quedaba ni un solo objeto que no hubieran destripado, arrancando las patas, roto o rajado.

Todo lo que metió en el maletín era ahora un *puzzle* de cosas destrozadas.

Colman tenía buenos reflejos.

Dio media vuelta y atravesó el patio a toda velocidad. Si estaban o no aún en su casa, escondidos en la cocina o no, no se detuvo a averiguarlo. Estaba desarmado y no podía hacer otra cosa que retirarse.

Un coche llegaba lentamente por la calle. *Quizá* estaba allí, pero tampoco le interesaba comprobarlo por el momento.

Enfiló la calle corriendo a paso gimnástico y llegó a Trenton. La providencial parada de taxis se ofreció a su vista y en ella había dos vehículos libres.

Se metió en el primero y le dijo al conductor que había veinte dólares para él si lograba despistar a alguien que pudiera seguirlos. El conductor le examinó con sospecha, pero al ver que el coche negro que había forzado la marcha no era evidentemente de la

policía, echó a rodar.

—¿Dónde? —preguntó.

—Donde quiera, hasta que se convenza de que lo hemos perdido. Entonces lléveme a... —Y le dio las señas de la casa de Step O'Leary.

El conductor conocía bien su oficio, y veinte dólares son un buen acicate. Procuró alcanzar un par de discos justo en el momento en que cambiaban, hizo algunos revoloteos por los Haighst, y luego se volvió sonriendo hacia Colman.

—Ni rastro de la cola que llevábamos. ¿Está seguro de que no quiere auxilio? Me han dicho que la policía de vez en cuando sirve para algo.

—No contra un marido celoso —respondió Colman—. Vamos a dónde le dije.

Cuando llegó a casa de Step, lo primero que hizo fue repetir el truco de Evelyn. Una vez que el documento estuvo asegurado, se sentó a reflexionar y a pensar si no convendría ponerse al habla con el teniente Sertorius.

Al parecer, había alguien que sentía un interés extraordinario por él. Es decir, por el papel. Luego recordó lo que le había dicho Evelyn y el posible pago por parte de Treath... Y decidió esperar un poco aún. Lo suficiente hasta hablar con ella por la mañana.

Se durmió, y tuvo algunas pesadillas que le despertaron. Por último decidió que descansaría más si no lo intentaba de nuevo y pasó el resto de la noche tratando de escribir.

A las nueve, después de afeitarse, bañarse y vestirse, esperó junto al teléfono hasta que a las diez sonó. Era Evelyn, por supuesto.

—Everett —dijo con voz ahogada—. Ha ocurrido algo.

—¿Qué...? Pero..., ¿dónde estás?

—En una cabina pública. Déjame que te explique. Al salir esta tarde a las cuatro, me fui a casa. ¡Everett, era horrible!

—¿Te ha sucedido algo?

—A mí, no, pero a mi casa sí.

Así que era aquello. No perdían tiempo.

—Me escapé corriendo. Tengo miedo de volver allí.

—Escucha —le dijo—. Y por el amor de Dios, no te pongas a discutir ahora. Ven a Gramont, 161, pero hazlo en taxi y procura

que nadie te siga. Si tienes la menor duda, acerca de eso, no entres, pasa de largo. Solamente entra cuando sepas con toda certeza que nadie va a tus talones. ¿Me has entendido?

—Sí. Everett.

—¿Has hablado con Treath?

—Éste...

—No, no lo hagas ahora. Ya me lo contarás luego. Pero, recuerda, sólo si tienes la más completa seguridad de no ser seguida. A mí me ha ocurrido lo mismo en mi casa. Anoche estuvieron hurgando en mi piso.

Lanzó una exclamación y Colman comprendió que si ello era posible, se había asustado aún más. Luego colgó.

Colman se sentó junto a la ventana y se puso a esperar. Fue la espera más angustiosa de toda su vida, excepto cuando en las noches vietnamitas esperaban ver a un viet con un fusil en lugar del furriel con comida.

Por fin vio un taxi doblar la esquina y aproximarse lentamente. Por más que miró no pudo ver ningún coche oscuro tras del taxi. Evelyn bajó y entró corriendo en la casa. Debía haber pagado al taxi sobre la marcha.

Un momento después estaban juntos.

Evelyn se echó en sus brazos y comenzó a hablar atropelladamente, a dos dedos del llanto. Colman procuró calmarla como pudo, con besos detrás de las orejas, y en el cuello, lo cual sabía por experiencia que es un buen sistema. Lo ayudó con un par de vasos llenos de *whisky*.

Por fin se serenó lo suficiente como para hablar con cierta coherencia.

—Me han destrozado el piso —dijo—. Los hijos de mala madre no han dejado nada por romper.

—Eso mismo me ha ocurrido a mí. No has debido meterte en ese lío. ¿Ves cómo tenía yo razón al exigirte el papel?

Afirmó con la cabeza, y Colman prosiguió la labor de calmarla.

Aunque él tampoco estaba nada tranquilo, al contacto con la suave piel satinada y con el perfume que se desprendía de sus cabellos.

Por fin, y en vista de que a ella no parecía desagradarle, la estrechó más fuerte. Ya se sabe que una gran conmoción nerviosa

puede predisponer a una escena amorosa. Muchas viudas recientes han tenido ocasión de comprobarlo por sí mismas.

Con las bocas juntas le preguntó:

—¿Qué ha dicho Treath?

—Me ha pedido un plazo de tiempo. Hasta mañana.

—Y de esa forma ha tenido tiempo para investigar en tu piso.

—Pero, no puede ser... Es un hombre...

—Es un abogado que defiende criminales, y ese papel le interesa lo suficiente como para no pararse en los métodos para conseguirlo. Evelyn, creo que voy a hablar con el teniente Sertorius.

No respondió. Debía estar pensando en lo mismo que yo.

Pero Colman había llegado a una nueva etapa en su meditación.

—Espera un poco. ¿Treath estará ahora en su despacho?

—Seguramente. Siempre se queda en él hasta bastante tarde.

—Dame el teléfono, encanto.

—¿Qué vas a hacer?

—Averiguar algo. Si ahora estamos seguros, no veo por qué no podemos pincharle un poco. Voy a tratar de averiguar qué diablos quiere, y hasta dónde quiere llegar.

Le dio el número del teléfono. Colman marcó rápidamente y un momento después cogieron el aparato al otro lado del hilo.

—¿Míster Treath? —preguntó.

—Sí. ¿Quién llama?

—Míster Treath, soy el hombre que le devolvió la cartera que había usted perdido.

—Lo recuerdo —respondió con voz neutra. Parecía estar esperando a que Colman siguiera hablando.

—¿No quiere saber por qué razón le llamo?

—Estoy esperando a que usted lo diga, míster...

—Recuerda de sobras mi nombre. Escuche, Treath, están ocurriendo cosas y creo que tiene usted algo que ver con ellas.

—¿De veras? ¿Qué clase de cosas, míster...?

—Repito que conoce perfectamente mi nombre. Y las cosas que están ocurriendo parten del hecho de que hay algo que a usted le interesa mucho obtener, ¿no es así?

—Ignoro de qué me está usted hablando, pero si viene a verme creo que podremos entendernos. Me está hablando en enigmas y no puedo perder mi tiempo.

—Vamos a ver, Treath, ¿cuánto estaría dispuesto a pagar por cierto documento amarillo? Me refiero a un pagaré.

—Le ruego que se aclare, señor.

—Me refiero al pagaré que había en su cartera.

—¿Lo tiene usted?

—Supongámoslo.

—Escuche, Colman —dijo sin pretender ya ignorar el nombre del escritor—. ¿Está *miss* Lyonel con usted?

—¿En qué puede interesarle esto?

—¿Está, o no está?

—Supongámoslo.

—Pues entonces, están ustedes tratando de hacerme objeto de un chantaje. Y lo voy a poner en conocimiento de la policía.

—Buena idea Seguramente que la policía no le preguntará por qué está usted tan interesado en recobrar un documento que no vacila en asaltar casas ajenas para conseguirlo. Sí, pensándolo bien, creo que es una buena idea que vaya usted a la policía, Treath.

—¿Asaltar? ¿Qué está usted diciendo? Mire, Colman, no quiero continuar por ese camino. Venga usted a verme y trataremos de aclarar ese asunto. Naturalmente, si insisten ustedes en causarme extorsión, tendré que avisar a la policía. Por de pronto, ese papel me pertenece.

Colman lanzó un tiro al azar.

—¿Qué fue lo que hizo ese tal Landbury para que usted se comprometiese a pagarle cinco mil dólares? Y..., ¿se los pagó, Treath? ¿Y era por eso por lo que usted tenía el pagaré en cartera cuando le robaron ésta?

—Míster Colman, eso a usted no le importa. El papel es mío y no tengo por qué dar explicaciones a nadie.

—¿Cuánto pagaría usted por recobrarlo, Treath?

—¿Por qué he de pagar por algo que es mío?

—Porque ahora lo tengo yo y no hay más que hablar. Y lo considero suficientemente importante como para cobrar por el. Sí, Treath, es un chantaje. Un hombre ha muerto, ¿sabe? El que tenía su cartera.

—¿Cómo sabe usted eso?

Su voz no había cambiado de tono, pero Colman adivinó la tensión bajo su aparente indiferencia.

—Lo sé y basta. Treath, ¿cuánto dinero ofreció usted a Trattone para recuperar el documento? Quiero saber lo que ese enano trataba de robarme.

Hubo un ligero silencio.

—Míster Colman, eso hemos de tratarlo por contacto personal. Dígame dónde puedo verlo y cuándo, y trataremos de llegar a un arreglo.

Colman tapó el auricular con la mano.

—Está tratando de llegar a un acuerdo —le dijo a la muchacha—. Voy a concertar una entrevista con él.

—No puedo creerlo —dijo ella seriamente—. Parecía un hombre decente. Y tiene muchas influencias en todas partes.

—Colman, ¿está usted ahí? —preguntó Treath—. ¿Sí, Colman?

—Sí, estoy —respondió el novelista—. Estoy pensando en un lugar conveniente.

—Puede venir a mi despacho.

—¿Para qué me estén esperando Trattone o cualquiera de sus pandilleros?

—No sé ni de lo que me está usted hablando. Yo hablo del pagaré.

—Y yo hablo de otra cosa. No, nos veremos mañana mismo, por la mañana en el lugar que yo le diré.

Colman estaba pensando rápidamente. Tenía que ser un lugar con mucha gente, y policías cerca. No estaba dispuesto a ser eliminado como el pobre diablo del callejón.

—En el vestíbulo del Radio City a las once y media:

—¿Por qué ese lugar? —preguntó Treath.

—Me gusta, simplemente. Vaya allí, Treath, y hablaremos. De lo contrario no habrá nada que hacer.

—Puedo ir a buscarlo ahora a cualquier sitio donde me diga y dejar este asunto arreglado, Colman. Este asunto tan... enojoso.

—Mañana a las once y media en el vestíbulo del Radio City, junto al bar.

—Está bien. Tal vez no pueda ir yo, porque tengo muchos asuntos de que ocuparme, pero una persona de mi completa confianza...

—Tiene que ser «usted», Treath, y sólo usted. No hablaré con nadie aunque vaya en su nombre. ¿Entendido? Con nadie. Usted, y

solo. Si ha hablado ya con Trattone, sabrá que no quiero nada con él. Porque tengo sospechas de que es un asesino.

—¿Qué diablos está diciendo, Colman? ¿Está usted loco?

—No. Tengo la vehemente sospecha de que el hombre que busca la policía por el asesinato de aquel pobre diablo tiene unos cincuenta años, lleva lentes montados al aire y se hace llamar Marshall, aunque su verdadero nombre es Trattone. Pregúntele a él, Treath.

Hubo una pausa.

—Lo veré a usted donde dice. Mañana a las once y media —respondió Treath por fin—. Lleve usted eso.

—No se preocupe; lo llevaré.

Colgó el teléfono y se volvió hacia la muchacha. Ésta estaba pensativa.

—¿Qué es, en realidad, lo que piensas hacer? —preguntó.

—Saber por qué Treath necesita eso tan urgentemente.

—Mi exjefe —repuso ella. Se encogió de hombros—. En fin, algún día había de ser. Lástima, porque se trataba de un buen empleo. No conseguiré otro tan bueno como ése.

Colman le pasó un brazo por la cintura.

—Habrías podido conservarlo si no te hubiera tentado la ambición. ¿Cuánto dinero pensabas sacar en este asunto?

—No lo sé. Estaba tanteando la suerte. En fin, no hablemos más de eso.

Colman cogió el teléfono.

—¿Qué vas a hacer ahora? —preguntó ella curiosamente.

—Ponerme al hablar con el teniente Sertorius. No te olvides que soy un ciudadano en libertad condicional. El debe tener una idea entre ceja y ceja.

—¿A esta hora?

Colman la miró.

Estaba sencillamente tentadora. Su boca era un estuche rojo por entre el que se veía el blanco nácar de los dientes. Los ojos, de un azul profundo. Estaba de pie, junto a la ventana y su cuerpo, en escorzo, presentaba la rotunda línea de sus caderas y la curva de sus muslos. Tentadora era decir poco. Estaba positivamente enloquecedora.

Colman encendió un cigarrillo.

—Tienes razón —dijo—. Es un poco tarde. Supongo que puedo hacerlo mañana. Esta noche tendrás que dormir aquí, a menos que dispongas de otro sitio mejor.

—No lo tengo.

Entornó ligeramente los ojos.

—No soy de esas, Everett.

—¿De cuáles?

—De esas en las que estás pensando. Dormiré aquí, pero... sola.

—Nadie ha dicho otra cosa al respecto, creo.

Volvió hacia el novelista la cara y su boca quedó junto al cuello de la camisa de aquél.

—Estás encantadora —dijo Everett.

La besó y ella le devolvió el beso. Tenía para ello una técnica casi perfecta.

—¿Sabes de algún empleo para mí, Everett?

—Conozco uno. Necesito una secretaria. Escribo muy mal a máquina.

La besó de nuevo. El perfume que trascendía de su cuello le volvió positivamente loco. Al infierno con el teniente Sertorius, con Treath y con Trattone. Al infierno con todos, menos con ella y él.

CAPÍTULO VIII

A las ocho de la mañana llamó a la oficina del Attorney, del fiscal del distrito, y pidió hablar con el teniente Sertorius, mientras Evelyn rebuscaba en la nevera material suficiente como para preparar dos desayunos.

Al oírlo, la muchacha vino hacia él. Encendió dos cigarrillos y le pasó uno.

—¿Teniente? Soy Colman. Everett Colman.

—¿Colman? ¿Dónde está? Vamos, aprisa, dígamelo.

—Un momento —dijo el novelista—. Se lo voy a decir porque supongo que tienen medios para localizar la llamada, pero quería decirle...

—No hay tiempo que perder, Colman. ¡Dígamelo!

Colman comenzó a molestarse. Lo averiguasen o no el policía no podía tratarlo así, y más cuando él estaba tratando de ayudarlo.

—Espere un poco. Tengo unas cuantas noticias para usted.

Hizo una ligera pausa y Everett oyó su respiración un poco silbante.

—¿Sabe que hay una orden para buscarlo a usted? —preguntó.

—No, no lo sabía, porque usted...

—¡Pues la hay! A estas horas la policía lo está buscando al ver que no estaba en su casa, pero que alguien «sí» había estado en ella. Creíamos que lo habían...

—¿Matado? ¿Es eso? ¿Y por qué se imagina que me iban a haber matado?

—Mire, Colman, no hay tiempo que perder. Dígame dónde está o preséntese en mi oficina ahora mismo.

Su voz sonaba tan autoritaria que el novelista comprendió que no podía retrasar por más tiempo el momento. Le dio las señas.

—No se mueva de ahí. Dentro de media hora iré a buscarlo.

—Está bien.

Colgó, con un sentimiento de aprensión.

—Las cosas comienzan a ponerse feas —le dijo a la chica. Estaba había abierto un bote que encontró en la heladera y que contenía alubias con tocino. No parecía lo más propio para desayunar, pero los dos estaban muertos de hambre. Mientras las despachaban, le dijo lo que le había contado el policía. Ella movió la cabeza.

—¿Qué piensas que puede ocurrir?

—No lo sé, pero me vigilaban. Al menos se han preocupado tanto por mí como para ir a mi casa y radiar una orden de búsqueda.

Hizo una mueca.

—De todas formas, lo que haya de ser lo vamos a ver..., y pronto.

Sertorius llegó en veinte minutos, justo cuando Evelyn quitaba la mesa. Oyeron sus pasos trepando en la escalera furiosamente y Colman le abrió antes de que echase la puerta abajo. Venía con otros dos hombres, uno de los cuales era Bill.

—Bueno, que me ahorquen —dijo por todo saludo—. ¿De quién es esta casa?

—De un amigo. Me dejó las llaves y...

El teniente estaba mirando a Evelyn.

—¡Vaya! *Miss* Lyonel, si no me equivoco. Creí que estaban ustedes ligeramente distanciados. ¿Qué ocurrió? ¿Se pusieron ya de acuerdo?

Everett le hizo un rápido guiño a Evelyn. Pero no supo si lo había captado o no.

—Sí —repuso—. Bien, teniente, lo que quería decirle...

—Cada cosa a su tiempo. ¿Quién le asaltó la casa?

—No lo sé, pero tengo una ligera idea. Quienquiera que fuese, buscaba el pagaré de que le hablé.

—¿Quién supone que fue? ¿Los hombres que según usted intentaron asaltarle en la calle?

—No lo sé, le digo, pero creo que sí. Teniente, quisiera preguntarle una cosa. Luego le diré yo otra.

—Colman...

El policía lo miraba fijamente.

—Colman, si sabe algo, lo va a decir ahora mismo. Ahora, ya. Ya me huele mal lo que está ocurriendo ante mis ojos. Ustedes hicieron

una farsa el otro día, en mi despacho. Y yo no estoy dispuesto a consentir que me hagan pasar por tonto. Me parece que me explico con claridad, ¿no es así?

—Sí, pero...

—Así que comience. Por el principio. Todo, Colman.

Everett estaba ya positivamente indignado.

—Ya se lo conté la otra vez, en su despacho, y no montamos ninguna farsa. Lo que ocurrió fue que después de que me dejó usted en libertad, busqué a *miss* Lyonel y me puse de acuerdo con ella.

—Coman, está usted en libertad porque a mí me da la gana. Puedo meterlo entre rejas haciéndole acusar por un tribunal como autor de un homicidio en primer grado. No lo olvide. Y por obstruir la justicia, también.

Colman cerró la boca con fuerza.

—Está bien. ¡Está bien! ¿Qué es lo que quiere que le diga?

—Conteste a una sola pregunta, por el momento. ¿Había o no había un papel, un pagaré en la cartera que usted le quitó a aquel hombre?

—Lo había.

—¿Dónde está?

—No lo tengo, pero puedo disponer de él.

—Colman, venga conmigo.

—¿Dónde?

—A la oficina. Lo voy a encerrar, como le dije.

—Espere un momento. Estábamos hablando, ¿no?

—Hasta ahora no me ha dicho ni una sola palabra, Todo lo he dicho yo.

—Si me han asaltado la casa, eso indica...

—Eso puede indicar que usted mismo la ha revuelto para echarnos polvo a los ojos. Vamos, Colman, prepárese, porque se viene conmigo, a menos que me diga lo que quiero saber.

—Está bien.

Fue al bar, sacó la botella, la vació, mientras los tres detectives lo contemplaban curiosamente y sacó el papel de su tubito de cristal. Se lo tendió. Sertorius lo cogió, lo leyó y sus ojos brillaron.

—Bien —dijo guardándolo cuidadosamente—. ¿Qué es lo que quería usted hacer con este papel?

—¿Puede contestarme a una pregunta?

—Hágala.

—¿Qué importancia tiene para la policía este documento?

—Muy grande —respondió el teniente con lentitud—. Colman, está usted en mis manos. Por eso puedo decirle que con este papel, si jugamos bien nuestras bazas, vamos a borrar de un plumazo al Sindicato de esta ciudad.

—¿Al... Sindicato?

—Sí, hombre, al Sindicato. A los sucesores de la Mafia, a la Cosa Nostra, si quiere llamarla así. Al Sindicato del Crimen. ¿Ha oído usted hablar del senador Otman?

—Otman... Espere.

—¿Qué clase de novelista es usted, Colman? ¿De dónde saca sus argumentos?

—Espere... He oído algo acerca de él. ¿No murió?

—Lo mataron. Lo asesinaron a la puerta de su casa cuando volvía a ella con su esposa. Le dispararon desde un coche. Y, ¿sabe usted por qué?

—No recuerdo. Sé que lo leí en los periódicos, pero...

—Los periódicos no dijeron gran cosa. Nadie se atrevió a hacerlo. Otman estaba dirigiendo la comisión del Senado del Estado para conseguir pruebas sobre el Sindicato y sus actividades. Prostitución, cohecho, corrupción, juego, drogas... Si había o no conseguido alguna prueba es algo que en la oficina del fiscal ignoramos, porque Otman murió sin haberlo hecho público y su esposa lo mismo. Nada pudimos encontrar entre sus papeles personales. Pero sabemos que lo mató el Sindicato.

—Comprendo —dijo Colman—. Pero entonces, ustedes sospechaban ya de Treath cuando...

—Sospechábamos de Treath, sí, pero no teníamos prueba alguna contra él. Lo conocíamos como defensor de criminales, pero eso mismo se puede decir de cualquier abogado criminalista. Aunque Treath extremaba la nota, ya que no defendía casi más que a individuos que sabíamos positivamente que estaban relacionados con el Sindicato.

Encendió un cigarrillo y miró a sus hombres oblicuamente.

—Jamás pudimos conseguir nada que lo relacionase directamente con esa gentuza o con los peces gordos. Ahora, por fin, lo tenemos.

Hizo una pausa.

—Veamos, la cosa debió ocurrir poco más o menos así.

Lanzó una columna de humo hacia el techo. Evelyn estaba junto a Colman. De una manera inconsciente, le había cogido una mano.

—Landbury era un pistolero, un asesino profesional, un «torpedo» al cual Treath defendió en cierta ocasión, aunque no en este Estado, sino en Illinois. Lo sacó libre, aunque había vehementes sospechas de que había asesinado a un comerciante que se negaba a pagar «protección». Treath lo hizo venir aquí cuando se dieron cuenta de que Otman les estaba resultando demasiado peligroso, y le dio orden de asesinarlo.

Bill habló por primera vez:

—Y Landbury debía temer algo, porque se hizo firmar ese papel. Muy apurado debía andar Treath cuando lo firmó. Esas cosas no son nada comunes.

—No, desde luego. El caso es que Treath firmó un pagaré. Cuando Landbury cometió el asesinato, recibió su paga y devolvió el pagaré. Y entonces, la suerte le jugó a Treath una de esas malas pasadas que los policías nunca agradeceremos bastante al destino.

Miró a la pareja.

—¿Adivina cuál fue, Colman? Vamos, vamos, novelista, ¿adivina cuál?

—¿Por qué no? —dijo Colman—. Lo voy a adivinar, teniente. Alguien le quitó la cartera a Treath.

Sertorius lo miró con un poco más de respeto.

—Sí. Exacto. Un ladronzuelo, un tal Murdock, que ha estado varias veces en la cárcel, debió observarlos cuando Landbury recibió su paga. Olfateó que del sitio de donde salía aquel dinero podría salir más y se alzó con la cartera de Treath. Y allí estaba el pagaré que el otro no había destruido aun, quizá por falta de tiempo. Qué fue lo que Murdock pensó es imposible saberlo ahora, ya que Murdock murió sin haberlo revelado, pero es fácil adivinarlo ahora con un buen porcentaje de probabilidades de acertar. Murdock intentó hacer un chantaje a Treath y entonces éste decidió eliminarlo.

—¿Y Trattone?

—Trattone es el hombre de paja en manos de Treath. Regenta varias de las sociedades de apuestas legalizadas en la ciudad, pero

la mayor parte del dinero que gana va a parar a las arcas de Treath. Éste decidió que Trattone se pusiera en contacto con Murdock, pero el ratero se negó a entregar el pagaré sin recibir por él un buen bocado. Como todos los maleantes, conoce a Treath. Creyó que estaba convenientemente resguardado al tener un pagaré firmado por éste, pero ellos fueron más listos que él.

—Y estuvieron a punto de hacerme condenar —dijo Colman—. Trattone pensó aprisa cuando me vio en aquel bar y me lanzó sobre el otro.

—Así es.

—Entonces, cuando usted me detuvo sabía que era verdad lo que le estaba contando.

—Sólo me lo figuraba. La policía identificó rápidamente a Murdock. Encontró el papel que se le cayó a usted, una simple carta de un Banco y observó que había huellas en él, pero no encontraron la réplica de esas huellas en sus ficheros, por lo cual recurrió a Washington. Cuando se las devolvieron del Distrito federal, justamente con su historial de veterano en Indochina, me encargaron de investigar el asunto.

Se puso en pie, imitado por sus compañeros.

—No relacionamos inmediatamente a Treath con el muerto, pero decidimos interrogarlo a usted.

—Y usted vio el cielo abierto —dijo Colman, sonriendo torcidamente—. Eso fue una carambola que ni usted mismo esperaba. Para que luego hable de la suerte.

Se encogió de hombros.

—Bueno, el caso es que dio resultado. Comprendí que su historia podía ser cierta, si es que usted no se había colocado al otro lado de la ley, y eso no parecía probable. Obtuve buenos informes de usted.

—Y se los calló y dejó que yo creyera que estaba en peligro. Bonita manera de proceder.

—No tenía otro remedio. Lo puse en libertad esperando que usted daría algún paso que nos llevase de nuevo a Treath, ya que éste estaría pendiente de usted. No falló.

De pronto, la voz de Sertorius dejó de ser amistosa:

—¿Qué es lo que querían hacer ustedes con el papel?

—Lo crea o no, ayudarlo a usted. He hablado con Treath.

—¿Que ha hecho qué?

—Me he puesto al habla con Treath.

—Pero... ¡En nombre de Dios todopoderoso! ¿Está usted loco?

—Claro que no. Quería saber si él tenía tanto interés en ese pagaré como para haber intentado matarme.

En pocas palabras le contó lo que había hecho Evelyn, sin olvidar añadir una pequeña mentira que consideró necesaria. La de que Evelyn había hecho una especie de farsa chantajeando a Treath por encargo de él y sin propósito de lucro. Si Sertorius se lo creyó o no, no lo demostró pero al menos fingió hacerlo.

—Así que ha estado moviéndose a mis espaldas —dijo el teniente—. Bueno, debería encerrarlo. Usted es un peligro público.

—Teniente —dijo Bill.

Sertorius se volvió hacia él.

—¿Sí?

—¿Qué sucederá si Treath niega que ésa sea su firma?

—No puede hacerlo si lo es —intervino Colman—. Los peritos calígrafos pueden demostrarlo.

—No hay nada que garantice un perito calígrafo que no pueda desmentir otro perito —dijo Sertorius, meditabundo—. Ocurre un poco como con los psiquiatras cuando se les obliga a declarar en un juicio. No hay manera de poner de acuerdo al psiquiatra de la defensa con el de la acusación. Naturalmente, Bill, si Treath no es tonto, y no lo es, negará como un condenado.

—Bueno, ustedes lo presionarán y listo —dijo Colman, sintiendo que se le quitaba un peso de encima—. Ya tienen el papel. Pueden hacer con él lo que mejor les parezca.

Sertorius lo miraba especulativamente. Colman sintió que la mano de Evelyn apretaba la suya.

—¿Qué es lo que piensa hacer, Colman? —preguntó el teniente.

—Ponerme a escribir una historia por la que mi editor me pagará cuatro centavos la palabra y yo procuraré que tenga la mayor cantidad posible de ellas. Y lo voy a hacer aquí, porque en mi casa no estoy seguro, ni lo estaré hasta que ustedes hayan metido a Treath entre rejas.

—El caso es, Colman, que Treath puede recurrir a un montón de argucias legales. Otra cosa sería si lográsemos probar sin lugar a dudas ante un jurado que él firmó ese pagaré.

—Eso es cosa de ustedes —respondió Colman alegremente—.

Buenos días, caballeros.

—Si no he entendido mal, usted pensaba entrevistar a Treath.

—Sí, pero ahora ya no es necesario. Ustedes lo harán con más autoridad que yo, y con más astucia, también. Yo no soy sino un novelista. Ya saben, uno de esos tipos que viven con la cabeza en las nubes y que no huelen la realidad aun teniéndola metida en uno de los agujeros de la nariz.

—Supongamos que usted va a Treath y le ofrece el pagaré a cambio de una cantidad. Eso es lo que pensaba hacer, ¿no?

—Sí, pero como le estoy diciendo...

—Supongamos que lo hace y nosotros estamos cerca y lo pescamos con las manos en la masa, es decir, pactando con usted.

—A título de suposición me parece muy bien, pero la verdad es que tengo mucho trabajo. El paquete es de ustedes, caballeros.

—Supongamos que lo hace.

—No lo haré. Así que no lo suponga.

—Supongamos entonces que lo meto en la cárcel acusado de asesinato.

—¿Usted? Pero... ¡Váyase al diablo! En cuanto estuviera en el juicio lo cantarían todo.

Los miró. La forma en que lo contemplaban los tres detectives no le gustó absolutamente nada.

—Un momento, ustedes no pueden hacer eso.

—Nadie lo creería, Colman. Sería condenado por asesinato.

—¡No!

—Sí —dijo Bill.

—Pero hay una salida —intervino Sertorius—. Queremos coger a Treath y usted nos ofrece la mejor manera de hacerlo que jamás se haya podido presentar.

Colman tragó saliva.

—Pero... Un momento, eso es un chantaje.

—Una coacción, mejor. Sí, lo es. ¿Acepta o ponemos en marcha todo el aparato legal?

Colman miró a Evelyn. Ella se encogió de hombros. Lo miraba agradecida por haberla dejado al margen, pero era evidente que no podía ayudarle.

Suspiró.

—Está bien. Pero tienen ustedes que estar a mano. Esos tipos

pegan primero y preguntan después.

—No se preocupe por eso. Estaremos cerca. Y ahora, vamos a preparar la puesta en escena. ¿A qué hora está usted citado con Treath?

CAPÍTULO IX

A las once y media se encontraban frente al Radio City, el cual alzaba sus dieciséis pisos de acero, cristal y cemento, ensombreciendo la calle.

Evelyn se había empeñado en acompañarlo, y Sertorius no había puesto ninguna objeción. Al parecer, le tenía completamente sin cuidado lo que hicieran, siempre que cumplieran sus instrucciones.

A las once y cuarto penetraron en el enorme *hall*, que recibía luz cenital por su inmensa vidriera, y se acercaron al bar. Como de costumbre, estaba lleno. Había dos filas de personas esperando para tomar los bocadillos y beber la cerveza.

Miraron a su alrededor, pero no vieron en ninguna parte a *míster Treath*. Aún era temprano.

Se colocaron en una de las esquinas del mostrador, esperando a que llegase su turno y pidieron bocadillos de queso y pollo. Como el desayuno había sido bastante fuerte, se contentaron con dos cada uno.

A las doce menos veinticinco esperaban todavía.

Y a las doce menos cuarto, también. Colman comenzó a temer que *Treath* no acudiría. Ello echaría abajo todos los planes del teniente Sertorius, pero Colman se alegraba de poder abandonar aquel asunto. Tenía la idea para su cuento y lo demás le importaba bien poco.

En ese momento alguien le dio un golpecito en el brazo. Se volvió. Había estado buscando un hombre alto, y quién acababa de llegar era *Trattone*. Un *Trattone* evidentemente muy nervioso.

—¿Cómo no ha venido *Treath*? —preguntó Colman.

—*Míster Treath* lo esperará a usted en otro lugar. No ha podido desplazarse hasta aquí, pero me ha encargado que lo lleve adonde se encuentra. Ha tenido que informar ante el tribunal y le resultaba de todo punto imposible venir aquí.

Sertorius no le había prevenido sobre lo que debería hacer en un caso así. Trattone echó una rápida mirada a Evelyn, que bebía su batido de crema con aire ausente.

—¿Irá usted también, señorita Lyonel? —preguntó.

Bueno, si Sertorius no le había advertido, Colman podía hacer dos cosas: decirle a Trattone que se largase con viento fresco o seguirle adonde lo pudiera llevar. Por tanto, decidió hacer una cosa.

—Miss Lyonel se quedará aquí y llamará a la policía, si no estoy de vuelta dentro de media hora.

—No habrá bastante tiempo —protestó Trattone—. Además, ¿qué es lo que teme usted?

—Todo.

Por encima de las cabezas de los que estaban junto a él, Colman vio la alta estatura de Bill, el agente de Sertorius, que lo miraba interrogativamente. Movi6 la cabeza y una arruga apareció en su frente. Todos habían esperado que fuera Treath quien apareciera, pero aquello hubiera sido demasiado hermoso.

—¿Lo ha oído? Pongamos una hora. Ni un minuto más.

Movi6 nerviosamente la cabeza.

—Está bien —dijo—. Vamos.

De esa forma, Colman se aseguraba de que no podría ocurrirle nada, por si acaso los policías fallaban. No lo creía posible, pero...

—Paga tú... —le dijo a la joven. Ésta le apretó la mano.

—Lleva cuidado, Everett.

—No te preocupes.

Trattone lo precedió. Sortearon los grupos y se dirigieron a la salida. Colman miró a su alrededor, pero no vio ni a Bill ni a Sertorius.

Había un coche en la puerta. Decir que Colman entró en él alegremente sería mentir. El caso es que su est6mago comenzó a contraerse ligeramente, mientras se acordaba de la pareja que le asaltara noches atrás.

Pero por si lo estaban vigilando no quiso aparecer como asustado. Recordaba también las puyas del teniente.

Había un hombre ante el volante. Trattone no le dio instrucción alguna, pero él puso en marcha el motor y comenzó a rodar por Redd Street, hacia el sudeste.

—Le voy a advertir una cosa, Trattone. No pienso permitir que

me metan en una trampa. ¿Dónde vamos?

—No habrá trampa alguna, míster Colman. Vamos a... Bueno, llegaremos en seguida.

Colman esperó durante casi diez minutos, mientras el coche, después de bordear el Ayuntamiento, tomaba por Fairfax. Cerca del Jardín de Aclimatación de plantas hay varios grupos de casas, todas iguales que forman una especie de barrio cercado.

Cruzaron la verja y se metieron por una de las calles interiores. Por último el coche se detuvo. Una cosa era evidente: aquélla no era la residencia particular de Treath. El debería vivir en algún lugar más lujoso.

Entraron y subieron en un ascensor hasta el piso quinto. Colman había vuelto la cabeza varias veces, pero no había logrado ver si los seguían o no. Hacía ya un rato que lamentaba haberse metido en el lío.

Abrieron la puerta y volvieron a cerrar detrás de ellos. Nadie había. Debía tratarse de un dispositivo automático.

—Sígueme —ordenó Trattone, que había perdido parte de su nerviosismo.

En la habitación de al lado los esperaba Treath.

No lo saludó. Se limitó a mirarle fijamente.

—¿Y Evelyn? —preguntó.

—No ha querido este hombre que viniese —dijo Trattone.

—Si dentro de una hora no estoy de nuevo en el Radio, Evelyn llamará a la policía —dijo Colman secamente—. Y les dirá que le pregunten a usted dónde estoy.

—Colman —dijo el hombre. Estaba sentado detrás de una mesa y había dos hombres más con él. Por lo que Colman recordaba, podían ser los mismos que lo asaltaron. Al menos, tenían mal cariz.

—¿Bien, Treath?

—¿Qué le parece a usted la cifra de cien mil dólares?

Colman sintió que la boca se le quedaba repentinamente seca.

—Muy bonita —respondió.

Cien mil dólares. ¿Cuántos relatos tendría que escribir para alcanzarla? Por lo menos, cien y eso le llevaría cinco años, y contando con que se los aceptasen y pagasen todos...

—¿De veras le parece bonita? Esa suma será suya si me entrega el papel que usted detenta. Esa suma y el pasaje en avión para

Brasil, o para el punto que usted mismo elija.

Colman tragó saliva, procurando no hacerlo demasiado aparentemente.

—Tendría que pensarlo —dijo—. Esas cosas no se pueden hacer tan a la ligera.

—¿Por qué?

—Porque...

Sí, ¿por qué? ¿Por qué hay que pensarlo antes de recibir cien mil dólares? Cien mil dólares y el Brasil... Siempre tuvo deseos de conocer el Brasil. Y la Altiplanicie, y los Andes. Todo estaba a su alcance ahora.

¿A su alcance? ¿En qué diablos estaba pensando? La cifra de un uno seguido de cinco ceros había debido volverle tonto, porque el papel..., el papel no lo tenía él. Por un momento lo lamentó profundamente. No hay derecho a tentar a un hombre de esa manera. Hay que ser un santo para rechazar imperturbable esas tentaciones.

—Naturalmente —comenzó a decir—, que me parece bien como base de una discusión.

—Sin discusiones, Colman. Cien mil dólares es mi última palabra.

—¿Y si me negase? No me gusta que me den órdenes, Treath.

—Niéguese y sabrá que conmigo no se juega. Lo hundiré en la cárcel.

—Y usted se hundirá conmigo. Compartiremos una celda si no tengo suerte.

Sus palabras eran jactanciosas, pero también un poco estúpidas. Treath se lo demostró al momento.

—¿Sí? ¿Por qué? ¿Por qué habría yo de ir a la cárcel? —preguntó, entornando los ojos.

—Porque... —Colman se dio cuenta de que había cometido una equivocación. Había que rectificar. Por otra parte, ya estaba hartó—. Simplemente, porque nadie da una suma así por un papel que no tiene valor.

—¿Qué es —preguntó Treath— lo que sabe usted acerca del valor de ese papel?

—Que a usted le interesa mucho. ¿No es bastante?

—¿Nada más? ¿No ha hecho averiguaciones?

—Por supuesto que no. No he tenido tiempo.

Treath hizo una seña y los dos hombres que permanecían a su lado se echaron sobre Colman.

Intentó defenderse, pero eran dos, y bastante fuertes. Mientras uno de ellos lo sujetaba, el otro le registró hasta que todo cuanto llevaba en los bolsillos estuvo sobre la mesa. Naturalmente, no pudieron encontrar un papel que no llevaba encima. Treath frunció las cejas.

Colman sonrió.

—¿De veras cree que soy un imbécil, Treath? ¿Creía que iba a venir a una especie de trampa trayendo el papel? No sea tonto y baje a la tierra, Treath.

—¿Dónde lo tiene? —preguntó el otro, enfurecido.

—El dinero antes y luego el documento. Por lo menos, al mismo tiempo —fue la respuesta del novelista.

Uno de los esbirros de Treath levantó la mano para pegarle. Pero el abogado lo impidió con un gesto.

—Vamos, hable. ¿Qué es lo que piensa hacer?

—Venga usted conmigo y se lo daré. Llevará el dinero en billetes pequeños. Y vendrá al sitio donde yo quiero, no al que quiere usted.

Colman vaciló un momento.

Si el otro comenzaba a sospechar, no podrían negar a un acuerdo.

¿Dónde diablos estarían Sertorius y sus hombres? No habían podido llegar hasta allí o al menos él no había logrado verlos. Y si como, según decía Sertorius, tenían que lograr atrapar a Treath en el momento de recibir el pagaré, ello no podría suceder en aquella casa.

Sertorius se había negado a darle el pagaré. Maldijo todo lo que pudo cuando se enteró de que Colman se había citado con Treath a las once y media, y que no le quedaba tiempo suficiente como para hacer un facsímil lo suficientemente correcto que engañara al abogado, y no quería exponerse a perder el documento. Una fotocopia no serviría ante un jurado con la misma fuerza que el original.

Así pues la situación era ésta: Colman tenía que sacar a Treath de allí y llevarlo a un lugar en el que Sertorius o sus hombres pudieran verle.

Decidió jugarse el todo por el todo.

—Vamos, Treath —dijo duramente—. Usted me ha subestimado, y no me gusta que nadie me subestime. Sé que le interesa el documento, y me figuro con mucha aproximación por qué.

—¿Por qué? —preguntó el otro, conteniéndose.

—Porque soy un novelista. Porque sé algo de lo que ocurre en esta ciudad y sé quién era el hombre al que Trattone me pidió que golpeará. Se trata de un ladronzuelo. Yo leo los periódicos, Treath, y he oído hablar del senador Otman.

—Siga.

—Me bastó con leer el nombre que había en el pagaré para saber algo de lo que se ocultaba tras de ello. Me puse a pensar y... llegué a la conclusión de que Landbury había asesinado a Otman. No me importa, eso es algo que nada tiene que ver conmigo. Pero lo que sí me importa es que si he descubierto un pastel, quiero una porción de él, y lo más grande posible.

—Siga.

—Doscientos mil dólares y el pasaje para Brasil. Yo me olvidaré de todo. Creo que soy sumamente discreto en mis pretensiones.

—¿Me entregará usted el documento contra el dinero?

—En el mismo instante en que usted me lo dé. ¿Cuándo puede reunir el dinero?

Treath quedó pensativo durante unos instantes.

—Digamos... dos días.

—Está bien. Dos días. Pasado mañana.

—Míster Trattone le llevará a usted el dinero.

Aquello no convenía. Ya que había comenzado el trabajo, Colman quería terminarlo de una manera que le permitiese demostrar al teniente Sertorius lo equivocado que se hallaba en relación con los novelistas.

—No quiero añagazas —dijo—. Será usted mismo quien vaya a recoger el documento.

—¿Puedo preguntarle por qué?

Su voz no había cambiado y la ira parecía haber huido de sus ojos. Colman debería haberse dado cuenta de ello, pero estaba lo suficientemente orgulloso con su victoria como para notarlo.

—Porque de esa forma estaré absolutamente seguro de que no intenta engañarme.

—Está bien. Digamos que yo mismo le entregaré el dinero. Y, míster Colman, supongo que no se le habrá ocurrido hablar de nada de esto a la policía.

—Claro que no. Sé por qué lado de la tostada está la manteca y por cuál no. La policía nunca paga los informes.

—¿Y la señorita Lyonel, tampoco?

—Tampoco.

—Es curioso que ustedes dos se pusieran tan pronto de acuerdo, tan rápidamente. Siempre creí que *miss* Lyonel era una muchacha decente, una buena empleada, y ahora me la encuentro convertida en una chantajista.

Colman estuvo a punto de echarse a reír. Aquel sinvergüenza, aquel asesino, hablando sobre personas decentes.

—La vida, míster Treath. Y bien, ya he dicho cuánto tenía que decir. Ya lo sabe; pasado mañana. Y en los billetes más pequeños que pueda conseguir.

Creía necesario insistir en esto, lo mismo que en regatear acerca del precio. Era la mejor manera de impedir que el otro sospechase.

—Pasado mañana —repitió.

No le ofrecieron el coche, ni él esperaba que lo hicieran. Salió de la casa y del grupo de viviendas y encontró un taxi casi en el momento. Durante el trayecto hasta casa de Step se volvió varias veces para ver si le seguían, pero el tráfico era demasiado intenso para cerciorarse de ello. Un poco preocupado por ese detalle, llegó al apartamento.

Evelyn estaba ya allí. Lanzó un pequeño grito de alegría y se precipitó hacia él. La encontró aún más adorable que la noche anterior, quizá tal vez por el susto que había pasado.

—¿Y el teniente? ¿No lo has visto? —le preguntó Everett.

—Claro que sí. Apenas saliste tú se precipitaron sobre mí de todos lados, como una bandada de buitres, haciéndome preguntas. Les dije lo que había ocurrido. El teniente se puso como un loco, porque esperaba cazar a Treath. No obstante, os siguieron.

En tal caso, Everett no tenía por qué preocuparse. Treath estaría ahora bajo vigilancia. No obstante, cogió el teléfono, pero cuando iba a levantar el auricular, éste comenzó a sonar.

—¿Colman? —preguntó la voz de Sertorius—. ¿Qué ha ocurrido? Hemos visto cómo salía de la casa.

—¿Por qué no subieron ustedes? He estado hablando con Treath y me ha ofrecido doscientos mil dólares por el pagaré. Se han perdido ustedes una buena ocasión para pescarlo con las manos en la masa. Si ustedes me hubieran dejado el documento y hubieran llegado a tiempo...

—Si le hubiéramos dejado a usted el documento, a estas horas estaría muerto, Colman. Lo hubieran degollado —declaró brutalmente el policía—. ¿Cuándo ha quedado en verlo?

—Pasado mañana, en el mismo lugar en que hoy. Al parecer, cree que la policía no sabe nada.

—¿De veras? Me alegro mucho. Bien, pasado mañana lo veremos a usted en el mismo lugar.

—De acuerdo.

Colman colgó y se volvió a la muchacha.

—¿Has oído? —preguntó—. Doscientos mil dólares tirados a la basura y ni siquiera me lo agradecen. No volveré a hacerme el arcángel si en alguna ocasión, que no creo, vuelve a sucederme algo por el estilo. Desgraciadamente, estas cosas ocurren sólo una vez en la vida a cada hombre.

Se encogió de hombros y le echó los brazos al cuello. Por un momento, a Colman le pareció que nada de lo que ocurría tenía importancia alguna.

Ni siquiera el hecho de haber perdido doscientos mil dólares.

Ni siquiera eso cuando la tomó en sus brazos, y la sentó encima de sus rodillas.

No, con aquel peso encima, no sentía absolutamente otra cosa que el deseo de estrecharla hasta hacerle daño.

Lo cual a ella no pareció importarle mucho, si es que en efecto le hacía daño.

—Querido —dijo ella—. Querido, ¿a qué esperas?

CAPÍTULO X

A las cinco de la tarde fueron a un cine y salieron a las siete. Compraron algo para cenar y se dirigieron al piso de Step, mientras hacían planes para el porvenir, todos ellos teñidos de un hermoso color sonrosado.

Apenas entraron, el teléfono sonó insistentemente. Colman lo cogió esperando oír la voz de Sertorius.

No era él.

Tapó el auricular, asombrado.

—Es Treath —dijo a Evelyn—. ¿Cómo diablos habrá averiguado...?

—Colman —dijo la voz del abogado—. Tengo el dinero. Me parece estúpido esperar hasta pasado mañana. Puedo entregárselo ahora mismo en el lugar que usted indique.

—Éste..., dijimos pasado mañana.

—No le negaré que tengo prisa. Diga el sitio e iré a recogerlo. ¿Dónde?

—No puedo hacerlo ahora.

—¿Por qué?

—No puedo, eso es todo.

—En ese caso..., no hay trato.

—Ahora soy yo quien pregunta...

Se detuvo. Treath se disponía a huir si no llegaban a un acuerdo. Sí, eso debía ser. Y Sertorius no le perdonaría jamás haber dejado escapar la pieza. Todo podría arreglarse si...

—De acuerdo —dijo pensando rápidamente.

¿Qué lugar había lleno de gente a esas horas? Varios. Uno de ellos, la terminal de autobuses de Greenhill.

Se lo dijo y añadió que dentro de una hora.

—Media hora. Tengo mucho que hacer.

Lo mismo daba una hora que media.

—Está bien. ¿Billetes pequeños?

—Sí. Tal y conforme los quería usted.

—No faltaré.

Colgó el receptor y llamó inmediatamente al número del teniente Sertorius. Una voz le comunicó que el teniente no estaba en el despacho.

—¿Dónde puedo encontrarlo?

—No lo sabemos —respondió la voz.

—Bueno, entonces quiero hablar con un agente llamado Bill..., no conozco el apellido.

—Si no me da más información... Hay varios Bill en el departamento.

—Es uno que va siempre con el teniente. Es muy importante.

—Lo siento, pero con esa información no puedo hacer nada. ¿Quiere dejar algún recado?

—¿Quién se ocupa del asunto... —vaciló un instante antes de continuar— del asunto Treath?

—Repita nombre, por favor.

—¡No puedo perder tiempo! ¡Alguien tiene que saber ahí a quien me refiero! ¡El asunto del callejón Kitt! ¿No me entiende, maldición?

—No se excite. Sí, ahora creo que sí. Un momento. Le paso con el agente Robertson.

El agente Robertson, después de casi cinco minutos de espera, le dijo que se encargaba del asunto y no le pudo sacar una promesa más sólida, salvo que enviaría a alguien a informar.

Se volvió a Evelyn.

—Estos imbéciles quieren dejarme solo —dijo—. Pues que se vayan al demonio. No me presentaré a ese lugar si no es acompañado por la policía.

Se detuvo. Ella asintió con la cabeza, pero a Colman le pareció ver un brillo raro en sus ojos.

—¿Crees que tengo miedo? —preguntó.

—Claro que no. Y haces muy bien en no ir solo.

—Pues iré. No se van a reír de mí. Haz el favor de llamar cada cinco minutos a la oficina del fiscal hasta que logres que alguien te haga caso.

—No puedes hacer eso —dijo ella. Se había puesto pálida—. Son

peligrosos y lo sabes.

—Pues lo voy a hacer. Yo le demostraré a ese incompetente de Sertorius...

Se puso la trinchera y se inclinó sobre Evelyn. Ella le echó los brazos al cuello y trató de impedir que saliera, pero Calman estaba decidido.

La apartó, aunque ello le costó bastante trabajo y salió a la escalera. Un momento después estaba en la calle.

Miró a su alrededor. Había gente en la calle, pero poca ya. El frío se había echado encima, con rapidez y un viento glacial descendía desde las montañas Blancas.

No cogió un taxi. Tenía tiempo de llegar andando, y quería pensar en lo que había de hacer. Cuando había cubierto dos manzanas, una súbita idea lo asaltó de pronto.

¿Y si Treath no pretendía marcharse? ¿Y si lo que quería era cogerle desprevenido? ¿Sospecharía acaso que la policía y él...?

Sintió la ya conocida sensación de sequedad en la boca y calambre en el estómago. Era muy extraño. Nadie adelanta dos días el instante de desprenderse de doscientos mil dólares. El, al menos, no lo haría...

O sí, si lo que se jugaba era la cabeza.

Pero ¿dónde diablos estaría aquel imbécil de Sertorius?

¿Qué es lo que debía hacer? ¿Seguir adelante con aquel asunto? ¿Volverse a casa, con Evelyn, lo cual le apetecía muchísimo más?

Evelyn... No, ahora no podía volver atrás sin hacerle creer a ella que era un cobarde. No lo era, y lo había demostrado en la jungla viet.

En ese momento distinguió el coche. Se acercaba por en medio de la calzada y en nada se distinguía de otros muchos que pasaban por el mismo lugar. Lo vio de una manera un tanto remota, mientras se preparaba para, cruzar Sherman, parado ante la marquesina del hotel Sherman.

Luego no volvió a hacerle caso. En el momento en que el disco cambiaba comenzó a cruzar.

El coche se detuvo junto a él, la portezuela se abrió y una zarpa peluda lo arrastró dentro.

Colman era difícil de manejar. Pesaba ciento noventa libras, y ninguna de ellas era de grasa. Pues bien, aquella zarpa, a la que se

había unido otra, lo metieron en el automóvil como si hubiera sido un niño de siete años.

La portezuela se cerró, mientras dos manos lo inmovilizaban y algo duro y frío se pegaba a su nuca. Lo habían atrapado. Simplemente, estaba atrapado.

—Hola, míster Colman —dijo Trattone a su lado.

Allí estaban los dos, Trattone y Treath, y el hombre que le había agarrado, una especie de Joe Luis en blanco y con cara de mono viejo.

—¿El documento? —preguntó Treath.

—No lo tengo.

—Creí que salía a recibir el dinero que pidió. ¿Cómo pensaba conseguirlo sin el documento?

Colman optó por callarse, porque lo cierto es que poco o nada había que decir.

—¿No responde? ¿Qué clase de persona es usted, Colman? ¿Y qué clase de juego cree que está jugando? Vamos, Tom, regístralo.

Mientras Trattone le seguía amenazando con el revólver, el gorila lo registró. De nuevo le sacaron de los bolsillos todo cuanto llevaba en ellos.

—Ya veo —dijo Treath—. No ha sido usted muy listo, míster Colman. Ha creído que podría conseguir una nueva moratoria para entregar el pagaré. Pero afortunadamente yo no he sido tan tonto como para permitirle hacer su juego.

Luego, su voz dejó de ser amistosa y se convirtió en helada:

—Usted se ha entrevistado con la policía. Colman, y ha estado siguiendo las directrices que ella le ha marcado. Probablemente pensaba usted aparecer con los policías en el momento en que yo me encontrase en el punto de cita y con el dinero en la mano, ¿no es así?

Encendió un cigarrillo. Colman seguía sin responder.

—¿Verdad que he acertado? Desgraciadamente..., para usted, yo no he caído en la trampa. No me engañó ni un solo momento esta mañana, Colman. Supe que usted no obraba por su propia cuenta, pese a sus regateos y a sus exigencias. Y por tanto, y puesto que la policía lo utilizaba a usted, deduje que era porque no podía hacer nada contra mí a no ser que yo intentase adquirir ese documento ante ella.

—Es usted muy listo —dijo Colman.

—Más que usted, sí. Supuse también que usted habría advertido a los agentes del lugar donde nos íbamos a reunir ahora, y por tanto, he decidido adelantarme. Lo suficiente.

Hizo una pausa.

—Va usted a morir, Colman.

El novelista se sobresaltó ligeramente. Había pensado que aquella explicación duraría un poco más. Le pareció que el revólver le apretaba más contra la nuca.

—Si dentro de una hora no estoy de vuelta...

Miss Evelyn Lyonel, esa maldita zorra, llamará a la policía... Muy bien, ya nos sabemos la lección, Colman. No importa, usted va a morir de todos modos, y que la policía intente complicarme a mí. Los haré bailar sobre sus propias cabezas. Porque ellos tienen el pagaré, ¿verdad?

—No.

Esta vez el asombrado fue él.

—¿No les ha dado el pagaré?

—No. Lo tiene *miss Lionel*. Me lo quitó para utilizarlo ella. Luego decidimos trabajar juntos.

—Usted está mintiendo.

—Ha fallado su razonamiento, Treath. No es la policía. Si no he traído ahora el pagaré, ha sido porque Evelyn no ha querido dejármelo hasta estar segura de que usted iba a pagar.

Lo había desconcertado. Luego, de pronto, sonrió.

—Por un momento me ha hecho dudar, joven. No, no hay nada de eso. Se acaba usted de descubrir. Yo no había nombrado para nada a la policía del fiscal. Ha sido usted quien lo ha hecho.

«Tonto de mí», pensó Colman rabiosamente.

—Va a morir, Colman —repitió el abogado. Miró por la ventanilla—. Cuando lleguemos al río, Lippy.

El chófer y los dos hombres que iban con él asintieron. Colman sintió que el sudor le bañaba la espalda.

—Le aseguro que se equivoca, Treath. El pagaré lo tiene Evelyn y se lo entregará por el precio convenido.

—No me interesa ya. Y me cansa su charla, Colman. Va usted a morir y eso es todo.

—Ese maldito debe ir borracho —dijo Lippy, el chófer. Treath y

Trattone se inclinaron para mirar por la ventanilla. Un coche, un «Ford» se había pegado a la rueda del «Cadillac». Un poco más allá, otro coche cerraba casi su derecha.

—No está borracho —dijo Treath con voz contenida—. Es la policía. Adelante, Lippy.

Lippy lanzó el «Cadillac» como una tromba, pasando al coche de delante, entre éste y el encintado, por la zona prohibida. La maniobra estuvo a punto de dar resultado, porque los de la policía no lo esperaban, pero un enorme camión taponaba el paso.

Lippy se metió en la acera, pero ya los otros dos coches llegaban como un par de halcones enormes. Uno de ellos se atravesó y sus ruedas delanteras rozaron las del coche de Treath. El coche estuvo a punto de volcar, y con un último giro del volante, Lippy se metió contra la pared de la casa, entre un frenético gritar de peatones.

Fue lo último que vio Colman, porque un golpe violentísimo en la cabeza y un dolor intenso en el pecho, le hicieron perder el conocimiento.

Cuando lo recobró, lo primero que vio fue la cara de Evelyn inclinada ansiosamente sobre él.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó.

—No hables, cariño.

—Pero ¿qué me ha...?

—Te han hundido dos costillas y tienes un feo golpe en la frente. Mira.

Le puso un espejo delante y Colman vio su cabeza rendada: También tenía vendado el pecho.

Evelyn se apartó y la cara de Sertorius apareció en su radio de visión.

—Bueno, no tardará en curarse —dijo.

—¿Dónde diablos estaban ustedes? —preguntó Colman, indignado—. Le estuve llamando...

—En la casa de enfrente a la suya, con un aparato transmisor.

—Pero, entonces, usted sabía...

—Me lo imaginaba solo, Colman, pero dio resultado. Supuse que Treath intentaría atraerlo a una emboscada cuando nosotros no estuviéramos preparados y lo mantuve bajo vigilancia. Di órdenes a la policía de que atendiesen su llamada y me lo comunicaran inmediatamente.

—Pero ¡podía habérmelo dicho! Creí que tenía que ir solo a...

—Bueno, tengo que reconocer que si como novelista no es usted un Cornell Woolrich, al menos no es ningún cobarde. Usted se fue a tratar de detenerlo, ¿verdad?

Su sonrisilla irónica molestó a Colman.

—No los hubieran pescado a no haber sido por mí.

—Claro que no, no se preocupe por eso. Y ahora, los dejo a ustedes.

—Un momento. ¿Qué será de Treath?

—Se defenderá, naturalmente, pero acabaremos por hundirlo. Lo vamos a acusar de intento de asesinato en su persona, Colman. Eso le hará ver las cosas de un modo diferente. Y lo más seguro es que acabe por confesar lo que nos interesa. Lo veré en el juicio, Colman.

Le estrechó la mano y salió.

Evelyn volvió a inclinarse sobre él.

—Saldrás del hospital dentro de unos diez o doce días —le dijo.

Le cogió la mano.

—No te vayas, Evelyn.

—Tonto, no pensaba irme de ninguna manera. Me he quedado sin trabajo y tú me prometiste uno, ¿no te acuerdas?

Sí, se acordaba. Y en la blanca cama de la blanca habitación, Colman se puso a pensar qué forma le daría a la historia. Porque tenía una buena historia que presentar al director de publicaciones cortas del *Sunday Lectures*.

Pero a cinco centavos la palabra. Y ni uno menos.

Los necesitaba para marcharse con Evelyn a Florida, y casarse con ella, y...

FIN

SORTEO DEL MILLON

PISO Y COCHE O UN MILLON

SOLO PARA ESPAÑA ¡UN MAGNIFICO PI-
SO Y UN MODERNO
COCHE PUEDEN SER SUYOS!
O SI LO PREFIERE

¡¡ UN MILLON DE PESETAS!!

Basta con que resida en España y nos envíe el
cupón que, junto con las instrucciones y bases
para tomar parte en este sensacional sorteo,
hallará en las últimas páginas de todas las
novelas que Editorial Bru-
guera, S. A. publica en sus
populares colecciones fe-
meninas y de aventuras.

**BUSQUE EN LA CUBIERTA
ESTE DISTINTIVO:**

Adquiera su novela, disfrute
de unas horas de grata lec-
tura, envíe el cupón ... y



¡¡BUENA SUERTE, AMIGO!!

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 12 PTAS.



